

EL FIN DEL MUNDO

LAW SPACE

El fin del mundo

A mi hijo Richard S, Abuky, que Sueña construir máquinas com el

I – 8888.

8.

El fin del mundo

por

Law Space

o-O-o

EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

FIDEL INTERNATIONAL
Representantes exclusivos
en los Estados Unidos de Norteamérica
Excepto Nueva York (Ciudad) N. Y.
Box 266
MALIBU, CALIFORNIA - U. S. A.

Depósito legal B. 2699 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA

JUSTIFICACIÓN

Mientras aquel profesor inglés hablaba, ayudado por la proyección de magníficas diapositivas, pensé en todo lo que se había dicho en aquel monumental Congreso de Cibernética.

Estaba impresionado.

Como autor de muchos relatos de Anticipación Científica, y como la mayor parte de mis congéneres, creía haber «cazado» el espíritu de la ciencia nueva, de la que «mucho más atrasada que nuestra fantasía» iba laborando, en el silencio de los Centros de Investigación y laboratorios, para hacer posible, en un remoto futuro, lo que nosotros dábamos por hecho en nuestras novelas.

Pero, de lo que había oído y visto, en el curso de las conferencias, disertaciones y charlas de aquella semana, se derivaba un impresionante avance y, sobre todo, unas ideas que no podían dejar de conmoverme hasta lo más íntimo.

Me estaba dando cuenta de que la ciencia, y especialmente la Cibernética, había avanzado muy aprisa, mucho más de lo que yo podía haber imaginado días antes de tomar el avión que desde Nueva York, me había trasladado a Londres.

Y de ahí mi estupefacción.

Si dijera ahora que, además de sorpresa y admiración sentí miedo, es posible que muchos sonriesen, aplicándome, sin dilación, el calificativo de timorato. Pero yo sé que aquellos descubrimientos iban a despertar en mí una visión horrible del futuro, una especie de premonición fantástica que, aún ahora, después de poderla justificar, me hace estremecer.

Fue como un aviso que me prevenía de lo que podía esperar a los hombres y a cuanto estos habían hecho en el curso de los milenios que habían pasado en la Tierra.

Porque, a pesar de que se ha hablado siempre del «maquinismo», desde aquellos infantiles balbuceos del siglo XIX, esta palabra no podía significar nada verdaderamente grave hasta que fue sinónimo de «automatismo».

Y nunca me había dado cuenta del terrible significado de la palabra Cibernética que —y no es un misterio para nadie—, quiere decir: «yo gobierno».

¿Es que dicho así, en voz baja, sin entonación alguna, como la expresión etimológica de cualquier otro vocablo, carece absolutamente de importancia?

Pero examinemos la frase fríamente, aislándola de todas las demás, y pongamos ese término en mayúsculas, solo, sin la contaminación apaciguadora de ningún otro:

«Yo gobierno».

¿Se dan cuenta?

Claro que, además de la significación de la frase, yo tenía ante mí las imágenes que se iban proyectando y dentro de mí las frases que los conferenciantes técnicos decían.

Por eso, al percatarse de la marcha imponente de aquella nueva ciencia, me di cuenta inmediata del peligro, sin necesidad alguna de fantasear, como una realidad tan indiscutible como las matemáticas que habían hecho posible aquellos «robots».

Cuando el Congreso terminó y abandoné los edificios flamantes de la nueva Universidad de Cibernética, llevaba la cabeza llena de ideas contradictorias, de conceptos entremezclados que, sin ningún género de dudas, iban tejiendo en mi mente el «canevas» que iba después a llevarme a la más espeluznante de las pesadillas.

Pero yo no sabía nada.

Mi coche me dejó en el hotel donde me llevé la primera sorpresa: Gey, mi esposa, había abandonado Londres y me rogaba, en una nota que había dejado en la conserjería, que me trasladase a París, donde había ido aprovechando nuestra estancia en Europa.

Recuerdo que sonreí, pensando en que el motivo de que mi mujer se hubiese ido a la capital francesa no podía ser otro que el que empuja a todas las mujeres del mundo a visitar aquella ciudad: la moda.

Después de cenar, pensé que no me vendría mal del todo hacer el camino hasta el barco en coche, ya que estaba cansado del avión que, por otro lado, me hubiese dejado pocas horas después en la capital francesa.

Por otra parte, necesitaba estar solo, librarme un poco del bullicio que me había rodeado aquellos últimos días.

Salí de Londres, atravesando la ciudad con prisa, como si me urgiese dejar atrás las gentes y las casas. Sólo al encontrarme en la autopista, aminoré la marcha, pegándome a mi izquierda y dejando que el coche lo máximo que avanzase fuesen las sesenta millas por hora.

Encendí un cigarrillo.

Las palabras, mezcladas, de los conferenciantes, invadieron bruscamente mi mente.

«No estamos frente a un corriente fenómeno de maquinismo —había dicho uno de ellos—, sino ante el comienzo de la Era de Automación... El trabajo no puede considerarse ya como algo individual y humano, sino como un esfuerzo colectivo, que ha de desarrollarse dentro del más estricto marco matemático.

»El hombre se empleó en el trabajo desde el principio de los tiempos y solamente disminuyó el peso del fardo que gravitaba sobre su cabeza cuando descubrió que las máquinas podían ayudarle.

»Pero así como el maquinismo del XIX planteó problemas que

repercutieron, de una manera infantil, hasta en la literatura de aquellos tiempos, llegando a hechos tan estúpidos como el de desear la destrucción de las máquinas, nuestra época aspira a que los servomecanismos sustituyan completamente al hombre en el trabajo.

»El ser humano ha tenido que vivir pendiente de mil cosas distintas y jamás, en ocasión alguna, realizó una labor que pudiese considerarse como perfecta. Esta imperfección reside en las mismas limitaciones de su organismo.

»Por el contrario, la Cibernética nos trae el panorama de un mundo de labor perfecto, donde el error, si lo hay, será eliminado automáticamente, sin darle la menor oportunidad de repetirse.

»¿Puede soñarse un mundo mejor para el hombre?

Sonreí.

Siempre había ocurrido igual.

Cuando los hombres emprenden un nuevo camino, sin duda alguna, creen que la fórmula que proponen es perfecta y que todo ha de desarrollarse según sus deseos.

Así debió ocurrir cuando los primeros telares mecánicos sustituyeron a los hombres en Manchester.

Y era casi seguro que su inventor pensase solamente en evitar fatigas a sus congéneres. Así ocurrió al descubrirse los motores de explosión y la primera célula fotoeléctrica.

¿Qué había ocurrido después?

Todavía, aunque ya hacía muchísimos años, guardábamos el recuerdo de la Segunda Guerra Mundial, en la que encontraron aplicación muchos inventos de la época. Todo se utilizó en aquel conflicto, como todo se utilizaría en otro nuevo.

Al estremecerme, creí que aquel escalofrío provenía de llevar la ventanilla abierta. Y subí el cristal, buscando en la calefacción del coche una sensación de seguridad que necesitaba.

La próxima guerra.

¿Se daban cuenta los hombres de lo que sería tal conflicto?

Evidentemente, no.

Ni los que la deseaban, empujados por esa locura humana que empezó en Caín, ni los que no la querían, amparándose quizás en un temor puramente egoísta, que escondían bajo palabras lindas, más huecas, ninguno de ellos estaba a la altura de medir las consecuencias de una nueva hecatombe.

Sin embargo, yo había acabado de oír de manera clara las premisas.

Las palabras de los sabios habían abierto los horizontes de lo que podía ser un conflicto, sin que los hombres no tuviesen en él más que el insensato papel de promotores y, seguidamente, el de pasivos objetivos.

La negrura del paisaje desfilaba a los lados de la zona que los faros de mi coche iluminaban intensamente. Pero, en realidad, me parecía que el vehículo estaba inmóvil y que era el resto, la oscuridad, lo que corría hacia atrás, en un conjunto de imágenes imprecisas, sobre las que destacaba la mancha de pintura blanca sobre los árboles.

La Cibernética había logrado la «automatización», pero ¿qué era eso, en realidad?

Recordé todo lo que había leído sobre reflejos condicionados y llegué a la conclusión de que, después de todo, en último término, la automación no era más que eso: una serie de respuestas preparadas previamente y con las que un servomecanismo contestaba a unas determinadas situaciones.

¿Determinadas?

No; estaba completamente equivocado.

Yo mismo había visto, en una de las películas proyectadas en el Congreso, las respuestas dadas por un robot, al que se expusieron una serie de «actos no incluidos en su reserva electrónica».

¿Qué había pasado?

El robot dudó, como lo hubiese hecho cualquier alumno que no conociese las preguntas de un examen; luego —y eso era lo verdaderamente revolucionario—, había contestado, dando respuestas que poseían una indudable identidad con las cuestiones formuladas.

¿Pensaba el robot?

No encontré una palabra que pudiese sustituir la de «pensar». Porque si esto significaba «elaborar ideas», «asociar conceptos» y hallar caminos inéditos ante situaciones nuevas, el robot de la película, sin ningún género de dudas, había pensado.

¿Quería decir esto que el robot poseía inteligencia?

Nuevamente me encontré ante el mismo dilema. Tampoco podía encontrar una palabra que me sirviese, ante cierta repugnancia que experimentaba al emplear la de «inteligencia» para una máquina.

Inteligencia y pensamiento eran conceptos que la fisicoquímica del cerebro había convertido en meros hechos «electrónicos». El avance del electroencefalograma había demostrado que la actividad cerebral no era, al fin y al cabo, más que electricidad.

Naturalmente, el alma quedaba muy por encima de todo eso y jamás un robot la poseería; pero, bajo el alma, muchos mecanismos que la ignorancia del hombre había confundido con aquélla, estaban siendo «creados» por la nueva ciencia, cuyas sorpresas no dejaban de producirse.

Mecanismos que «piensan», que «calculan», que «sienten», que «prevén». ¿Y por qué no decirlo sin ambages?, mecanismos que eran hombres, en el estricto sentido fisiológico de la palabra.

Me asustaba un poco todo aquello, que me conducía a pensar que el

hombre, después de utilizar los animales de tiro para su trabajo, tras inventar las máquinas, había llegado a la peligrosa encrucijada de «poseer» un «hermano mecánico», que, sin ser evidentemente una criatura, iba a jugar un papel importantísimo en la historia.

Yo también, absorto en mil ideas distintas, no me di cuenta de la cerrada curva que se venía encima y no conseguí dominar la máquina del coche, que se salió de la carretera, dando varias vueltas de campana y quedando en una postura grotesca, casi completamente destrozado... según me dijeron luego, ya que perdí el conocimiento instantáneamente.

* * *

Al despertarme, tratando de enfocar las imágenes que me rodeaban, sentí un agudo dolor en la pierna derecha. Después, cuando los planos del espacio dejaron de moverse, vi el rostro de Gey, que me miraba ansiosamente.

Le sonreí.

—¿Te encuentras bien, querido? —me preguntó.

—Bastante. ¿Qué ha pasado?

—Te saliste de la carretera. Gracias a la nota que yo te había enviado, y que llevabas en la cartera, pudieron avisarme. Vine enseguida.

—Gracias.

Alguien tocó el hombro de mi esposa y ésta se retiró, dejando en primer plano a un hombre de cabellos plateados y gafas de oro, que me miró sonriente.

—Ha tenido suerte, míster Space... pero de todos modos habrá que operarle.

—¿Sí?

—Sí. Un trozo de la portezuela se le incrustó en el muslo desgarrando profundamente los tejidos y astillando peligrosamente el fémur.

—Comprendo.

—Ha perdido bastante sangre; pero, gracias a las tres transfusiones que le hemos hecho, la cosa ha mejorado mucho.

Guardé silencio; después interrogué:

—¿Cuándo piensa operarme?

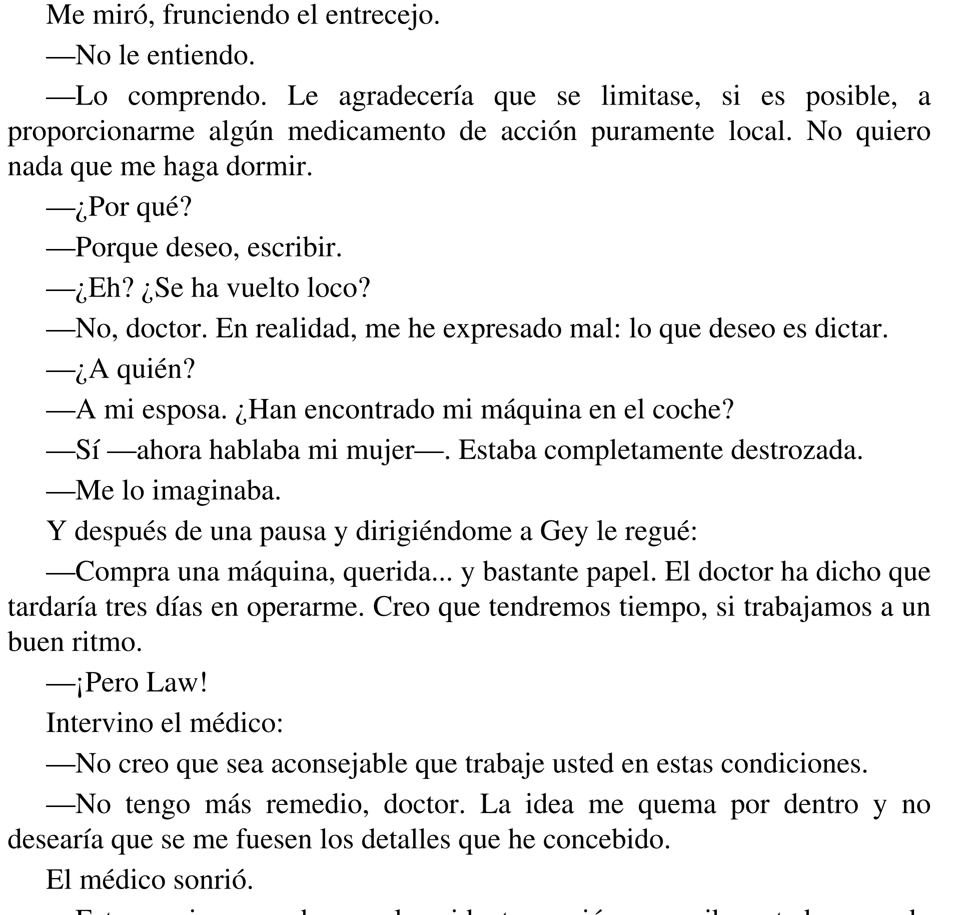
—Dentro de tres o cuatro días. Hay que esperar a que el tiempo de coagulación sea normal y que hayamos vencido definitivamente esa anemia posthemorrágica.

—La pierna me duele bastante.

—Eso podemos vencerlo fácilmente. Le pondremos un poco de morfina y le daremos algún barbitúrico para ayudarle a dormir.

Sonreí.

—Eso es precisamente lo que no deseo, doctor.



Me miró, frunciendo el entrecejo.

—No le entiendo.

—Lo comprendo. Le agradecería que se limitase, si es posible, a proporcionarme algún medicamento de acción puramente local. No quiero nada que me haga dormir.

—¿Por qué?

—Porque deseo, escribir.

—¿Eh? ¿Se ha vuelto loco?

—No, doctor. En realidad, me he expresado mal: lo que deseo es dictar.

—¿A quién?

—A mi esposa. ¿Han encontrado mi máquina en el coche?

—Sí —ahora hablaba mi mujer—. Estaba completamente destrozada.

—Me lo imaginaba.

Y después de una pausa y dirigiéndome a Gey le regué:

—Compra una máquina, querida... y bastante papel. El doctor ha dicho que tardaría tres días en operarme. Creo que tendremos tiempo, si trabajamos a un buen ritmo.

—¡Pero Law!

Intervino el médico:

—No creo que sea aconsejable que trabaje usted en estas condiciones.

—No tengo más remedio, doctor. La idea me quema por dentro y no desearía que se me fuesen los detalles que he concebido.

El médico sonrió.

—Estoy casi seguro de que el accidente surgió porque iba usted pensando en su obra.

—Sí y no: Aunque casi siempre andamos un poco distraídos.

* * *

Gey había instalado una pequeña mesita cerca del lecho. Acostumbrada, colocó el primer folio, encendió un cigarrillo y esperó a que yo le dictase; pero, como tardaba en hacerlo:

—¿Cómo vas a titularla? —inquirió.

—«El fin del mundo».

Me miró.

—¿Por qué ese título, amor mío? ¿No te parece un poco... pesimista?

—Es posible, pero ningún otro podría expresar todo lo que he sentido en estas últimas horas.

—Se ha hablado mucho del fin del mundo, Law.

—Ya lo sé. Yo mismo he leído muchísimas versiones de ese asunto; pero ninguna expresará lo que yo pienso, decir. Escucha, Gey, mi final del mundo no quiere ser una profecía, sino un aviso. Ya sabes, tú mejor que nadie, que

mi intención, en todo cuanto he escrito, ha sido siempre la de prevenir, no la de adivinar.

—Lo sé.

—Por eso mismo no quiero perder tiempo. Hay cosas que deben decirse y cuanto antes se digan, mejor. El hombre ha cometido siempre errores graves: pero ahora más que nunca está acercándose a una zona peligrosa, que nadie podía prever hace unos años. ¿Nos cansaremos de avisar, Gey? ¿Podemos olvidar todo lo que se está fraguando y que puede acabar con la completa destrucción de la humanidad? Si no lo hacemos nosotros, ¿quién puede encargarse de gritar a los cuatro vientos que el camino que hemos elegido no conduce más que a la destrucción... al fin de todo?

—Pero...

—No digas nada. No hay aquí ni pesimismo ni optimismo, pequeña... Sólo realidad que, siendo hoy pequeña, puede convertirse en una fuerza formidable, en algo que termine con cuanto hemos hecho hasta ahora. Es verdad que el hombre ha sido cruel a lo largo de toda su desdichada historia; pero ¿puede hablarse de crueldad de las máquinas?

—No te entiendo.

—Lo comprenderás: hasta ahora, lo bueno y lo malo estuvo en las manos del hombre y fue él el responsable directo de cuanto se hizo, de cada uno y de todos sus actos. Ahora, Gey, todo va a cambiar, una nueva raza ha surgido de las manos del hombre y va a caer sobre ella la responsabilidad del futuro... ¡Máquinas que piensan! ¿Te das cuenta?

—Apenas...

—Pronto lo verás. A medida que vayas escribiendo te percatarás de que el hombre va a ser desplazado, echado a un lado como un trasto inútil, como algo inservible. Porque la nueva raza carece de sensibilidad, de nervios, de prejuicios. ¿Puede una máquina tener todo eso? No, querida. Y de ahí el tremendo, el horrible peligro que entraña la creación de esa raza de hombres mecánicos, hijos del hombre, que le sustituirán por completo.

—¡Es espantoso!

—Si quieres, sí; pero la culpa es nuestra. Y eso es lo que deseo demostrar, justificando antes, ante mis lectores, que todo lo escrito no es más que una pesadilla de un hombre que, inconsciente después de un accidente, se vio invadido por extrañas ideas... ¿Empezamos, Gey?

—Cuando quieras.

NOTAS PRELIMINARES

Para poder adentrarse en la compleja función de los servomecanismos —personajes primordiales de esta novela— damos a continuación las características más importantes de los tipos creados por el autor:

ROBOTS

Serie M - IMCE (Instrumentos Mecánicos de Circuito Elemental). — Dotados de «memoria limitada», tipo reflejo condicionado simple, se adaptan a las tareas en las que la rapidez de la reacción o respuesta está por encima de cualquier otra cosa. Son capaces de encontrar soluciones limitadas en tiempo fantásticamente corto.

Serie C - ICCA (Instrumentos Coordinadores de Circuito Abierto). — Destinados a misiones más complejas que los anteriores, están adaptados a trabajos complicados, casi todos de orden matemático, y, sobre todo, estadístico. Poseen lenguaje, aunque limitado.

Serie A - DACI (Derivados Auxiliares —o derivadores analizadores— de Control Intermedio). — Dedicados exclusivamente a funciones de análisis, proporcionan cuantos datos existan sobre cualquier problema, por inédito que sea. Poseen lenguaje explicativo y receptor, pero este último se limita a su función mecánica.

Serie I - IECS (Integradores Especiales de Control Superior). — Ocupan un puesto avanzado en la jerarquía robótica y son capaces de sintetizar completamente los datos que les proporcionan los DACI. Además, su «memoria electrónica» con circuito abierto les proporciona la posibilidad de «idear», encontrando nuevas fórmulas que, en cierto modo, pueden considerarse como razonamientos. Están dotados no solamente de lenguaje receptor y emisor, sino también de lenguaje interno, puramente ideático y derivado de la complejidad de su red electrónica «cerebral».



CAPÍTULO PRIMERO



-6654, de la serie IMCE, se levantó automáticamente en el justo instante en que se encendía el circuito electrónico. Era uno de los últimos que quedaban en el depósito, ya que todos los demás habían salido ya.

Sus pies metálicos le llevaron hasta la rampa que, al recibir su peso, se puso en marcha, elevándolo hacia las zonas superficiales de la base, donde estaban los proyectiles que quedaban.

En medio de un silencio impresionante, que sólo maculaba el rumor apagado de los mecanismos electrónicos, el robot se dirigió hacia el primer proyectil de la fila, abriendo la portezuela posterior y entrando en el interior del reducido espacio que le estaba destinado.

Una vez allí, al sentarse, nuevos circuitos entraron en marcha, proporcionándole órdenes sencillas que cumplió a una velocidad verdaderamente extraordinaria.

Un hilo de luz azulada salió del morro del proyectil, impresionando un espejo fotoeléctrico que impulsó la puerta de salida, poniendo la cámara de las rampas en comunicación directa con el exterior.

El robot oprimió un botón.

Impelido por la potencia tremenda de sus «núcleo-cohetes», el proyectil salió disparado, a una velocidad fantástica, orientándose, una vez en la ionosfera, hacia su objetivo.

Desde una de las torretas, I-8888, de la serie IECS, observó la marcha

fulgurante del proyectil.

Con aquél eran ya más de dos mil los que habían sido lanzados desde la base en las últimas dos semanas. Y el robot, cuyos ojos verdosos contemplaban la estela blanca que había dejado el proyectil, se dijo que ya era hora de reunirse con los otros, cumpliendo la Instrucción del Proyecto Especial que los hombres habían dictado al iniciar la guerra.

Por el momento no podía entender cuanto sus ojos-captores le habían llevado al cerebro; pero de todos modos empezaba a comprender que la «reserva» de proyectiles se estaba acabando y era muy posible que no se tuviesen que realizar más disparos.

Convencido de que había llegado la hora de la Gran Reunión, antes de ir a visitar a los hombres, I-8888 descendió de la torre de control, hundiéndose en el interior de la base y dejándose llevar por las escurridizas rampas.

Once pisos más abajo de la sala de proyectiles una enorme cámara, cuyas paredes estaban repletas de aparatos e instrumentos, cobijaba lo que podía llamarse el estado mayor electrónico, donde elementos ICCA, DACI y una selección de IECS —no había más que seis— habían llevado la totalidad de la guerra que los hombres les habían ordenado desencadenar.

Ellos —los IECS— sabían que al otro lado del océano, del que tenían una vaga idea, otros robots habían contestado al ataque y que, bajo los disparos certeros de los elementos adversos, la totalidad de las bases amigas habían sido destruidas.

Una a una, las luces de intercontrol sobre el mapa de los Estados Unidos se habían ido apagando, y cada luz que moría era una base que dejaba de existir, convertida en una fuga de átomos.

Nadie sabría jamás el motivo que había librado a la base A del bombardeo enemigo. Quizá se trataba de una falta de información de los contrarios, debido a que la A había sido la última en instalarse. Lo cierto era que no había recibido ni un solo proyectil, no teniendo que utilizar, afortunadamente, los medios de intercepción más que un par de veces, desviando la trayectoria fatal de los proyectiles adversos.

I-8888 se detuvo ante el enjambre de robots que trabajaban febrilmente, estudiando los datos que los cerebros electrónicos les proporcionaban. Un poco más allá, ante los despachos metálicos que les habían fabricado los hombres, los IECS levantaron su maciza cabeza para mirar al recién llegado.

—¿Se ha terminado su carga de cadmio radiactivo? —le preguntó I-7676.

Y era natural aquella pregunta, ya que I-8888 no debía descender allá más que para someterse a una carga auxiliar cuando desfallecía su complejo organismo.

—No —repuso.

—¿Entonces?

—He bajado porque creo que ha llegado el momento de la gran reunión.

Se miraron los unos a los otros.

En las escondidas regiones de sus «memorias electrónicas» la gran reunión se encontraba junto a la zona de las decisiones fundamentales y la gravedad del asunto no escapaba a ninguno de ellos.

—¿Cuántos proyectiles quedan?

—Seis.

—Está bien.

I-7676 se volvió hacia un DACI que estaba a su lado.

—¿Qué dice el mensaje del hombre respecto a esto? —preguntó.

El DACI tardó muy poco en contestar:

—«Cuando el número de proyectiles no pase de seis, todas las operaciones contenidas en las instrucciones «C» han de dejar de cumplirse. Los IECS se reunirán, tomando conocimiento de las Instrucciones «M».

—¿Quién las tiene?

—Yo —repuso el DACI.

—Bien. Puedes empezar.

El robot de tamaño menor a los imponentes IECS, recitó velozmente, con voz mecánica:

—Pliego de Instrucciones «M»: Se enviarán los cien proyectiles de tipo «Objetivo», esperando su llegada y analizando los microfilms que hayan recogido, así como los filtros sensibles a la radiactividad. Por otra parte, se harán lecturas en los aparatos de rayos infrarrojos, que demostrarán la existencia o inexistencia de vida en las regiones exploradas. Una vez se haya visto que el índice corresponde a las notaciones de 005 a 000 del baremo, los IECS pasarán a ver al hombre, comunicándole estos resultados.

Un largo silencio siguió a aquellas palabras que de una tirada acababa de pronunciar el robot.

I-8888 estaba un tanto emocionado, si así podía llamarse a la carga tensorial que recorría los circuitos del robot. Hacía tantísimo tiempo que no había visto al hombre que la posibilidad de presentarse a él dentro de poco le turbaba.

—Hemos de enviar los «objetivos» —dijo I-7676, mucho más práctico que su compañero.

—Podemos hacerlo desde aquí —replicó I-0999, el más antiguo de la serie.

—Creo que sí. Un ICCA puede encargarse del lanzamiento.

Y dirigiéndose hacia uno de los lados de la sala, seguido mansamente por el DACI, I-7676 ordenó a un robot pequeño, de cabeza cuadrada, que le hallase los puntos de referencia para los vuelos de los «objetivos», datos que le fueron proporcionados en pocos instantes.

Acercándose entonces a una especie de tablero, sobre el que destacaban

gran número de botones rojos, el robot los oprimió.

Ningún sonido se produjo.

Pero cuatro pisos más arriba cien servomotores con cadenas arrastraban al unísono otros tantos proyectiles, dirigiéndolos hacia sus rampas de lanzamiento, donde un grupo denso de IMCE los colocó, ajustó y lanzó momentos más tarde.

Ahora no quedaba más que esperar.

Pero la inquietud de I-8888 iba creciendo y no pudiendo contenerse más inquirió:

—¿Habremos ganado la guerra?

Le miraron.

—Es seguro —repuso I-0999 con voz pausada—. Los Estados Unidos son invencibles y sus máquinas son las más poderosas del mundo.

Si I-8888 hubiese podido sonreír, lo hubiese hecho; pero tal facultad no pertenece a ninguna clase de máquina y el robot no cambió la expresión de su achatado rostro brillante, en el que dos cromos de sus falsos arcos superciliares protegían sus sensibles ojos de cuantos objetos cayesen de lo alto.

Pero no hizo mucho caso a la expresión de I-0999, que no era más que una prueba de que había guardado en su memoria los «slogans» propagandísticos que le enseñaron los hombres.

—Todas nuestras bases, menos ésta —dijo I-8888.

—De modo que en estos momentos la única base que queda en pie es la nuestra.

—Ya lo sabemos, pero eso no tiene importancia alguna, ya que la destrucción del enemigo ha sido completa. ¿Olvidas acaso que las bases estaban servidas por máquinas como nosotros, por robots? ¿Y qué puede importar la destrucción de unos cuantos de cientos de miles de mecanismos?

I-8888 no dijo nada.

Pero ¿por qué experimentó aquella especie de turbación en sus circuitos? ¿De dónde podía proceder aquel aumento de tensión, aquella sobrecarga que corría por los engranajes electrónicos, por las estructuras fotoeléctricas, por los dobleces de sus capas más íntimas?

Fue como un estremecimiento, como si fuera capaz de sentir pena por la desaparición de sus congéneres.

Se quedó en silencio, con la luz «óptica» de sus ojos cristaloides un tanto apagada, mientras la vibración le recorría cada vez más intensamente.

Sí, sin duda alguna, tenía miedo a morir.

* * *

Alfred tocó suavemente el brazo de la muchacha.

Volviéndose hacia él, Marga comprendió su gesto, mirando hacia el rincón

del laboratorio, donde Nick Curtis trabajaba, ensimismado, rodeado de extraños aparatos.

—¿Otra vez? —inquirió la joven.

Era, si no bella, al menos simpática, de rostro agradable, y poseía una interesante personalidad.

—Se va a volver loco.

Ella sonrió; después, con un tono de condescendencia en la voz, dijo:

—No lo quisiera, Alfred: Nick es un muchacho excelente y un compañero formidable.

Alfred Horriman frunció ligeramente el entrecejo.

¿Por qué le hacían daño las palabras de Marga? También él consideraba a Nick como un chico estupendo, sin jamás manifestar envidia hacia el que, quisiera o no, tenía «más madera de sabio».

¿Y qué?

Siempre habían sido amigos y Alfred se alegró infinito al ver llegar al otro, procedente de Londres, para incorporarse al equipo que trabajaba sin descanso en el Instituto de Cibernética de los Estados Unidos, íntimamente ligado al Estado Mayor.

Pero...

¿Por qué demonios tenía siempre que haber un «pero» en la vida?

Y el «pero» estaba a su lado, concretando en la deliciosa personilla de Marga Oderson, el tercer pilar de aquel trío que trabajaba, completamente aislado, en uno de los laboratorios más importantes del Instituto, en la Sección de Integración, donde se iban haciendo realidad los últimos modelos de hombres mecánicos.

—¿Sigue haciendo lo mismo? —inquirió ella, sacándole de las profundidades de su ensimismamiento.

—Sí. Se ha empeñado en hacer locuras.

—¿Qué clase de locuras?

Alfred la miró.

—¿No te ha dicho nunca nada?

—No. Ya sabes cómo es...

La sonrisa se agrió en los labios de Horriman.

—Sí, ya sé cómo es... cuando está a tu lado.

—¿Qué quieres decir con eso? —se amoscó ella.

—Que cuando está juntó a ti no se entretiene seguramente en hablar de redes electrónicas, de asociaciones multipolares, de...

—¡Basta!

—¿Te has enfadado?

Ella sonrió.

—No. Ya sabes que no me enfado nunca; pero no quiero que mis dos mejores amigos se separen por mi culpa, sobre todo cuando, desde el punto de vista amoroso, no me intereso por ninguno de los dos.

El joven se alarmó.

—¿Hay alguien en tu vida, Marga?

—Mucha gente, pero no de la clase a la que tú te refieres... No, amigo mío, nadie me interesa por el momento; te lo aseguro.

—Pero si un día eligieses...

—¡Ya estamos con las mismas! ¿Quieres que te diga que circunscribiría el mundo masculino a Alfred Horriman y Nick Curtis? ¿Qué clase de mundo intentas imponerme, amigo mío?

Alfred sonrió.

—Tienes razón, pequeña... ¿Por qué no vamos a ver a Nick para ver si desciende a nuestro nivel y se digna explicarnos algunos de sus misterios?

—Vamos.

Atravesaron el laboratorio a lo largo y se acercaron al joven que trabajaba en el otro extremo.

Nick Curtis era un pelirrojo de rostro simpático, lleno de pecas, con una nariz no demasiado grande y unos ojos intensamente azules.

—¡Eh, supersabio!

El joven levantó la cabeza, mirando, seguramente sin ver, a los dos que se acercaban.

—¡Despierta, amigo! —le dijo Marga.

El rostro de Nick se iluminó y pareció volver a la realidad. Los otros dos jóvenes, ya junto a él examinaron la cabeza metálica en cuyo interior estaba trabajando Curtis.

—¿Qué intentas hacer? —inquirió Alfred.

El otro le miró; después, volviendo los ojos hacia su trabajo, que consistía en enrevesado tejido de cables, exclamó:

—¡Es una utopía, amigo mío! Me he metido por una senda que no conduce a parte alguna... ¡Con las esperanzas que yo cifraba en mi «red multiespacial»!

—¿Tu «qué»?

—Mí red.

—Explícate, por favor.

Nick sonrió, encendiendo pausadamente un cigarrillo.

Marga se había sentado sobre una de las esquinas de la mesa de trabajo y Alfred permanecía en pie, junto a ella.

—Ya sabéis —empezó diciendo— que la Cibernética, nuestra amada Cibernética, desde que empezó a producir maravillas, no ha hecho más que imitar el organismo humano, sobre todo el sistema nervioso.

»Al empezar, la Cibernética no hizo más que esbozar simples reflejos, respuestas adecuadas a excitaciones determinadas. Las tortugas que atravesaban el laberinto, orientándose hacia la salida, por medio de mecanismos fotoeléctricos; después, con la llegada de la era de los cerebros electrónicos, la complejidad aumentó y las respuestas de las máquinas estuvieron controladas por una especie de «canal selector», lo que daba camino a una «elección» entre determinadas respuestas, como si el cerebro electrónico pudiese «escoger», decidir»...

»Más tarde, ya en nuestra época, gracias a los microfilms sensibles a la luz —fotosensibles—, logramos producir una libertad de respuesta y crear al mismo tiempo una memoria que el mecanismo podía utilizar en todo momento, parcial o totalmente, según lo exigieran las circunstancias.

»Todo eso lo sabéis tan bien o mejor que yo, amigos míos; pero lo que yo deseaba era algo muy distinto.

»¿Por qué no? Estudiando las asociaciones en el lóbulo frontal del cerebro humano, llegué a creer posible un sistema de asociaciones electrónicas en los robots.

—¡Pero eso ya existe, Nick! —exclamó Marga, frunciendo el entrecejo.

—Ya lo sé, pequeña... Sólo que lo que yo andaba buscando era «la asociación libre».

—¿Qué quieres decir?

—Me entenderéis enseguida... Una máquina, por muy complicada que sea, contestará siempre sirviéndose de su «contenido mnemotécnico», de su memoria, logrando, eso sí, infinidad de variaciones, dentro de la red de sus asociaciones fijas. Trabajará como una máquina, como lo que es...

»Ahora bien —hizo una pausa, mirando fijamente a sus amigos—, ¿os dais cuenta de lo que sucedería si uno de esos mecanismos estuviese dotado de «una red multiespacial» que le permitiese asociar libremente, encontrar soluciones inéditas... pensar, en una palabra?

—¡Estás loco!

Curtis sonrió.

—También lo creo yo; pero no cejo, a pesar de que hasta ahora no he recogido más que fracasos. La red está ahí dentro —y señaló la cabeza del robot—, incrustada en el cerebro electrónico de este robot, el individuo 8888 de la serie I. ¿Será un IECS como los demás o será ese mecanismo distinto con el que he estado soñando? Ya lo veremos

CAPÍTULO II



OS «objetivos» sobrevolaron las zonas a las que habían sido enviados, regresando después para posarse mansamente en sus rampas de aterrizaje.

Durante las primeras horas, mientras llegaban progresivamente, un denso grupo de IMCE fueron sacando de los plateados cuerpos de los proyectiles las cajas de microfilm, los aparatos, las cintas sensibles a los infrarrojos, los contadores Geiger.

Todo ello fue llevado a la sala donde estaban los IECS junto a sus auxiliares.

Los DACI fueron analizando los datos recibidos e inscribiendo los resultados en los cerebros electrónicos, que iban realizando la integración de cuanto llegaba a ellos.

Silenciosos, los «I» esperaban que se encendiese la luz roja de los cerebros.

Hasta que esto ocurrió.

Entonces un megáfono se dejó oír:

«Datos de Europa... Destrucción lograda: ciento por ciento; existencia de vida, cero; radiactividad, 85’4...».

—¡Una victoria completa! —exclamó I-7676.

—Sí —corroboró I-0999—, no hay duda de que nuestros métodos han sido eficaces.

—¡Atención! Se enciende nuevamente la luz roja.

«Datos de África... Destrucción lograda: noventa por ciento; existencia de vida, cero; radiactividad, 77’9...».

Los DACI iban llegando con más cápsulas, con más bobinas, con más datos. Y momentos más tarde el megáfono, con su voz neutra! continuó:

«Datos de Asia... Destrucción lograda: ciento por ciento; existencia de vida, cero; radiactividad, 99’9...».

Oceanía dio datos muy parecidos.

Ya no faltaban más que los propios, los que los «objetivos» hubiesen logrado en terreno americano.

I-8888 observó de reojo la impasibilidad de sus compañeros.

¿Por qué seguía experimentando aquella tensión interna, cuyo enfoque preciso no podía lograr?

Porque por encima de todo deseaba precisar el motivo concreto de aquella turbación.

«No soy más que una máquina —pensaba— y no entiendo, que mis circuitos se alteren de esa manera... ¿Habré sido mal construido?».

Ante aquella pregunta sintió que su turbación volvía. Y los recuerdos, surgidos del fondo de su «memoria», le colmaron de intranquilidad, ya que su cámara interna de televisión —lo que podía llamarse memoria objetiva o visual— y de la que sólo estaban dotados los «I», le acababa de traer la imagen del hombre que lo había construido.

Nick Curtis.

I-8888 experimentó un crecimiento en la turbación. No era, ni muchísimo menos, una sensación de tristeza propiamente dicha, pero se sentía «como flojo», inconsistente.

La luz roja se encendió de nuevo.

Todos los robots volvieron la cabeza hacia el megáfono.

«Datos de América, valederos para los Estados Unidos... Destrucción experimentada, noventa y cinco por ciento, radiactividad, 83’5; existencia de vida, indicio improbables...».

Luego el megáfono calló definitivamente.

«Indicios improbables de vida...».

¡No podía ser!

I-8888 se sintió irritado e, incapaz de mantenerse en el mismo silencio de los otros robots, les interpeló con voz seca:

—¿No habéis oído? ¡Hay que buscar al hombre!

Aquella palabra, «hombre», tuvo el efecto impresionante de hacer que una pequeña luz morada se encendiese en el lado derecho de las cabezas de todos los robots. Aquella luz estaba directamente conectada a un circuito que aislaba automáticamente los demás, ya que la palabra hombres significaba, obediencia completa y anulación de las órdenes anteriores.

—Hay que buscar al hombre —repitió I-8888.

—La existencia de vida es improbable —repuso I-7676.

—No importa. El hombre está oculto en refugios seguros... es posible que muchos hayan desaparecido. No tendremos más remedio que recorrerlos todos.

—Así será —comprendió I-0999, que era el «decano» de aquellas máquinas.

Ya no tenían necesidad de nada más, puesto que habían cumplido estrictamente, desde la declaración de la guerra, las misiones que el hombre había inscrito en sus mecanismos interiores. Habían cumplido todas sus órdenes, enviando la destrucción y la muerte a los enemigos, al otro lado del mar, desde ambas costas de las Américas.

Y ahora, una vez concluidas sus misiones y reconocida la derrota del adversario, el hombre les había ordenado que le buscasen para comunicarle el resultado de la lucha y que él pudiese ordenar nuevamente aquel mundo deshecho.

Precedidos por los DACI, cuyos mecanismos analizadores iban a serles de una gran utilidad, los robots superiores salieron de lo hondo de la base, de sus entrañas complejas, apareciendo bajo un sol cálido, sobre la tierra calcinada por los efectos de las explosiones.

Ninguno de ellos podía reconocer el exterior, ya que las bombas y los proyectiles lo habían modificado por completo.

Pero no importaba.

Lo único que les interesaba era encontrar al hombre.

Durante aquellas larguísimas semanas habían estado completamente solos, pendientes de ellos mismos, encerrados en la estrecha prisión de sus circuitos, pendientes de los datos de los cerebros electrónicos, sin ver la amiga presencia del hombre a su lado.

Y ahora lo ansiaban, deseaban tenerlo nuevamente a su lado, seguir sus instrucciones, obedecerle y sentir su presencia omnipotente, que era como una garantía, la única y más grande de su propia existencia.

Empezaron, una vez alejados de la base, a registrar los refugios colindantes, penetrando por las destrozadas entradas, siguiendo los medio derruidos pasillos.

Nada.

Sólo cadáveres medio carbonizados, restos informes de seres humanos que, amontonados en lo hondo de los refugios, guardaban aún las posturas en las que habían sido sorprendidos por la muerte.

Siguieron buscando...

* * *

Nick miró la cabeza del robot, que acaba de montar sobre el cuerpo metálico.

Estaba solo en el amplio laboratorio. La noche envolvía de tinieblas los edificios del Instituto de Cibernética y una quietud absoluta reinaba por doquier.

Curtis terminó de soldar las conexiones que unían los mecanismos del cuerpo del hombre mecánico con la cabeza, que acababa de instalar con manos nerviosas.

Estaba intensamente emocionado.

Todo lo que había estudiado estaba ahora allí, pendiente de la experiencia que deseaba realizar. Todavía no sabía exactamente qué clase de prueba le demostraría que había triunfado o amargaría todo al mostrarle su fracaso.

Por eso, después de terminar el montaje y cuando el robot estuvo ultimado, encendió nerviosamente un cigarrillo y fue junto a la ventana abierta, por la que contempló el jardín, sumido en la oscuridad.

Más allá de la verja, la ciudad lucía su estrellado vestido de noche.

Procurando alejarse de las ideas que le poseían, Nick se puso a pensar en la tirante situación internacional, sobre todo después de que Europa entera, dejándose arrastrar por engaños, había caído en poder de la Unión Soviética.

El mundo había así quedado dividido en dos zonas bien delimitadas: América, por una parte (los Estados Unidos habían conseguido unir a todos los países de su hemisferio, que ahora no formaban más que uno solo), y el resto del mundo, dominado y regido por los rusos.

De aquella situación mundial, nada bueno podía salir. Y era precisamente tal idea la que preocupaba a Curtis, cuyas intenciones hubiesen sido las de consagrarse al estudio de la Cibernética, sin tener que preocuparse de algo que le repugnaba tanto como la guerra.

Sin embargo, el gobierno había tomado las riendas de la producción de robots, orientándola hacia la guerra. Todos los hombres-máquinas habían recibido unos especiales engramas electrónicos, adiestrándolos al mismo tiempo a la puesta en marcha de cuantos aparatos iban a funcionar en las bases, que se construían a toda velocidad.

A Nick no le gustaba aquello.

Curtis hubiese deseado que aquella situación prebélica no existiese; sus proyectos para la construcción de robots, cada vez mejores y más aptos para misiones complicadas y casi humanas.

Sonrió.

«Casi humanas...».

Todo había partido de aquella idea que le asaltó, repentinamente, al observar los esquemas de un célebre neurólogo, que estudiaba la estructura de

las fibras nerviosas en el lóbulo frontal humano. Recordaba ahora perfectamente la conversación que tuvo con él:

—¿Qué deducciones saca usted de sus trabajos, profesor?

El otro, calándose las gafas, le había mirado fijamente.

—A medida que las sensaciones son percibidas por los órganos de los sentidos —había dicho—, son canalizadas, como usted bien sabe, hacia el sistema nervioso central, dirigiéndose a través de la médula espinal hacia el encéfalo. Cuando llegan al cerebro son, antes de nada, dirigidas, orientadas hacia los centros analizadores, situados igualmente en el lóbulo frontal, donde, inmediatamente después, son «asociados» a los recuerdos, a otras ideas semejantes y, si no hay ni lo uno ni lo otro, son estudiadas, siempre en relación con lo sabido, hasta poder ser interpretadas.

—Perfectamente.

—Ya ve usted, después de todo, que las sensaciones o percepciones son como trenes que se dirigiesen hacia una gran estación: primeramente, se los canaliza hacia la vía donde han de ser recibidos; después, su carga es examinada, analizada, estudiada, hasta lograr una idea completa de su contenido.

—Es un ejemplo muy claro.

—Si lo que usted desea, como imagino, es realizar sobre el plan electrónico un esquema semejante al del lóbulo frontal, va a tropezar con tremendas dificultades; pero, de todos modos, ha de seguir la línea de construcción que acabo de explicarle. Ya sabe que el lóbulo frontal cumple una doble misión «analizadora-asociadora» de la mayor importancia.

Nick asintió.

—Comprendo.

—Para lograr lo que se propone, ha de conseguir reunir en el «cerebro» de un robot una fantástica cantidad de engramas; es decir, de recuerdos, que el mecanismo ha de ser capaz de asociar a los nuevos que vaya recibiendo.

—Una especie de educación, ¿no es eso?

—En efecto. ¿Qué hace el niño, si no es eso?

—No le entiendo.

Él sonrió.

—Veamos. El niño viene al mundo y empieza a recibir impresiones. Al principio, ésa es la verdad, se rige solamente por los instintos, que no son, después de todo, más que engramas que ha heredado y que son la suma de las experiencias orgánicas de la raza.

—Eso es verdad.

—Luego, poco a poco, el niño empieza a captar y repetir sonidos que, al

principio, carecen de significación concreta para él. Por ejemplo, la palabra «papá» corresponde a todos los hombres, la de «mamá» a todas las mujeres; pero, lentamente, va estableciendo diferenciaciones... va conociendo, delimitando.

—¿A qué es debido todo eso?

—A que su lóbulo frontal empieza a «analizar», «asociar». Así, cuando la imagen de su padre llega hasta él, tiende las manecitas y se desarrolla una verdadera reacción de alegría. Al principio son simples reflejos condicionales, que más tarde son ya reacciones emotivas en las que entra de lleno toda la personalidad.

—A medida que el número de engramas aumenta, las reacciones o respuestas son más complejas, más «inteligentes». La armonía en el funcionamiento del cerebro humano es tan grande, que no es nada extraño que la idea del alma, durante mucho tiempo, se haya relacionado con procesos que no eran más que respuestas complicadas a estímulos exteriores o interiores.

—¿A qué se refiere usted?

—A la idea concreta de pensar: es conocido que el pensar es una puesta en marcha del mecanismo cerebral, muchas veces motivada por una reacción interna. Al aparecer una imagen en la conciencia, se desencadena una reacción que hace que el cerebro trabaje sobre aquello, utilizando todas las asociaciones que se relacionen con el «objeto-conciencia».

»Un ejemplo aclarará todo esto: Si un hombre ve aparecer en su conciencia la imagen de la mujer amada, pondrá en marcha una serie de mecanismos cerebrales y orgánicos que irán produciendo ideas asociadas a esa persona. Si se trata de un idealista, asociará la mujer a una sucesión de imágenes ideales: la belleza de la criatura, su espiritualidad, el sonido de su voz, el color de sus ojos y otros mil detalles que se hayan acumulado en el fondo de la memoria; si, por el contrario, se trata de una sensación puramente material, se producirán, al mismo tiempo que ideas de posesión corporal, reacciones orgánicas diversas, aumentándose la circulación de la sangre, incrementándose los latidos del corazón...

—Está clarísimo.

—Todo, como usted ve, está íntimamente relacionado con los engramas, su número y su intensidad de grabación.

—Ya lo veo. Y no sabe cuánto le agradezco las aclaraciones que acaba de darme. Comprendo perfectamente las dificultades que voy a encontrar, pero no cejaré...

Y a partir de aquel momento, Curtis se dedicó a «educar» su robot. Tenía la ventaja de que la maquina carecía de reacciones personales y de que, por otra parte, no le era necesario el descanso.

Él tampoco se concedió mucho.

Los engramas fueron yéndose grabando en las redes electrónicas del robot, situadas en el interior de la cabeza metálica. Para lograr que tantos y tantos engramas cupiesen en el interior de las cintas electrónicas, Nick se vio obligado a crear un nuevo tipo de red, al que llamó multiespecial, ya que, siendo una especie de ovillo, logró no solamente que las reacciones electrónicas no se mezclasen, al correr la corriente por el «hilo:», sino que se pudiesen establecer «asociaciones» de cualquier tipo, que controlaba un mecanismo «seleccionador» situado sobre las bobinas.

¿Había logrado algo?

Mientras miraba las luces de la ciudad, al otro lado del amplio y silencioso jardín que rodeaba el edificio, el joven se hacía aquella pregunta angustiosa.

De haber conseguido lo que se proponía, habría creado un robot capaz de idear por sí mismo y de llegar a conclusiones que podrían parangonarse con el pensar.

Se volvió hacia su máquina.

El robot estaba de pie, junto a los acumuladores de la pequeña pila atómica que le estaba cargando de la energía suficiente para funcionar un par de años.

Mirando fijamente al hombre mecánico, Curtis experimentó una sensación extraña, a la vez angustiosa y esperanzadora. Un algo así como lo que debe sentir un creador, un demiurgo ante su obra.

Aquello, después de todo, no era más que una máquina, pero él sabía las sorpresas que podría proporcionar aquel mecanismo, si todo iba como él lo pensaba.

Se habían logrado verdaderas maravillas en el campo de los robots y la prueba estaba en los magníficos hombres mecánicos que iban siendo enviados a las bases americanas, dispuestos, como el mejor ejército del mundo, a servir al hombre ciegamente, sin fatiga, sin necesidad de alimento, sin vacilación alguna.

El Gobierno estaba más que satisfecho de todo lo que el Instituto de Cibernética había logrado, desde los elementales pero útiles IMCE, hasta los complejos y maravillosos IECS, cuya serie, debido a su complejidad formidable, no podía contar más que con unos cuantos cientos de individuos repartidos por todas las bases.

Ellos serían los verdaderos «cerebros», los engramas necesarios para que desarrollasen la guerra, la dirigiesen sin vacilar y, una vez terminada, comunicasen a los hombres, escondidos en lo hondo de los refugios, la victoria... o la derrota.

Ningún ser humano sería capaz de resistir las acciones de una nueva guerra, ni de permanecer tranquilamente, cumpliendo su misión, mientras grandes porciones de la humanidad se destruirían en pocos segundos.

Por eso se había llegado a la conclusión de que una contienda mecanizada

hasta tal punto no podía ser llevada a cabo más que por máquinas, máquinas capaces de resistirlo todo, incluso la destrucción parcial, sin dejar por eso de funcionar cumpliendo su misión.

Aquella idea persistía en su mente y le hizo fruncir el entrecejo.

Se había sentado ante el robot, mirándolo fijamente. Y la idea de que aquel maravilloso mecanismo se viese destruido por la lucha desatada por los hombres, le produjo una sensación de dolor insufrible.

Por fortuna, las ideas pesimistas fueron cediendo a medida que el cansancio —llevaba muchas jornadas trabajando sin descanso— se fue apoderando de él.

Y se quedó dormido...

CAPÍTULO III


UÉ era lo que estaba intentando recordar?

Los DACI se movían, en círculo, analizando cuantos detalles llegaban hasta ellos, en afanosa búsqueda de las entradas de los refugios en los que los hombres habían buscado abrigo a las inclemencias desatadas por la guerra. ¿Cuántos refugios habían registrado ya?

Nada encontraron en ninguno de ellos, sino restos calcinados, vigas retorcidas o montones de polvo, que eran como los residuos de las formidables explosiones termonucleares.

I-8888 estaba aislado.

La turbación que se había despertado en él hacía ya muchísimas horas, seguía aumentando la tensión de sus circuitos, mientras su selector buscaba afanosamente algo, en el complejo ovillo de su red multiespacial.

¿Qué intentaba recordar?

Durante todas aquellas semanas su «mente» había trabajado solamente con datos matemáticos, relativos al lanzamiento de los proyectiles hacia las lejanas tierras enemigas. Por eso el «selector», indudablemente habituado a moverse por espacios limitados de su «memoria», parecía anclado, sin despegarse de aquella zona que ya era completamente inútil.

Y de allí provenía la tensión de su cerebro.

El robot ignoraba, naturalmente, el origen de aquel «fallo» del selector que limitaba el poder de su «mente», convirtiéndolo en un vulgar I, como los que siguiendo a los DACI, en aquellos momentos, buscaba así los restos de los refugios, con la esperanza, no sentida, de encontrar finalmente al hombre.

La tierra había cambiado completamente de aspecto y las ciudades habían desaparecido de su superficie, convertidas en formidables montones de escombros, entre los que no hacía falta buscar a nadie, ya que sus moradores los habían abandonado mucho antes de que la guerra se declarase.

I-8888 se movía, inquieto.

Si hubiese sido capaz de sufrir, hubiese experimentado lo que para un ser humano era «dolor».

Y no es que aquella tensión electrónica no le molestase y le produjese una desazón intolerable.

En efecto, intentando vanamente vencer la inercia del «selector», el robot se esforzaba, en el interior de su cráneo metálico, por sacudirse aquella sucesión de ideas de la guerra que, como un círculo vicioso, se repetía cada vez que intentaba «pensar» en algo.

Un psiquiatra, al que un enfermo le hubiese planteado un problema

semejante, hubiera llegado a la conclusión de que se trataba de un fenómeno obsesivo.

Hasta que I-8888 logró vencer.

El selector saltó, desprendiéndose de la zona electrónica en la que estaba mantenido, indudablemente, por tensiones de orden electromagnético; entonces, después de una especie de «vahído» —el selector, bruscamente libre, pasó por muchos campos de engramas, sin relacionar nada, lo que produjo una sucesión de vacíos para el robot—, el hombre máquina llegó ante lo que tan ansiosamente buscaba.

¡Nick Curtis!

La cámara televisora interna del cerebro del robot proyectó, con una fuerza formidable, la imagen del joven inventor, que desencadenó una sensación de «alegría» en I-8888.

¡Nick Curtis!

Ahora se daba perfecta cuenta de lo que andaba buscando; de lo que buscaba él, exclusivamente él.

Separándose inmediatamente del grupo de los otros hombres mecánicos, I-8888 se alejó hacia la cercana ciudad, en cuyas, proximidades sabía que estaba situado el refugio donde «ellos» se habían ocultado.

¿Ellos?

Hizo un nuevo esfuerzo, hasta lograr que al lado del rostro sonriente de Nick Curtis, que seguía proyectado sobre su «conciencia óptica», se colocasen los de Marga Oderson y Alfred Horriman.

* * *

Al abrir los ojos, Nick se extrañó de no ver a sus compañeros a su alrededor, trabajando, como de costumbre, ya que el sol entraba por todos los ventanales del laboratorio.

Extrañado, se puso en pie, echando una distraída mirada a su reloj-calendario. Sólo entonces sonrió, al percatarse de que se había olvidado de que era domingo.

—¡Qué estúpido soy!

En realidad, aquellos días de trabajo incesante le habían hecho perder totalmente la noción del tiempo. No era extraño, por lo tanto, que no se acordase del día en que vivía.

Domingo y una cita con Marga.

Aquello le hizo dar un salto, recordando entonces que debía ver a la muchacha, con la que había conseguido una entrevista, decidido como estaba a decirle la verdad respecto a sus íntimos sentimientos hacia ella.

Conocía la existencia de Alfred como poderoso rival; pero, sin saber exactamente por qué, no había dado nunca demasiada importancia a las insinuaciones que Horriman pudiese hacer a la muchacha, ya que estaba

plenamente convencido de que ella se habría dado cuenta de que, a pesar de que Alfred fuese un excelente muchacho y un buen compañero, tenía un carácter que le haría fracasar como marido.

Se había citado con Marga en el «City Hall», un local reservado a los miembros del Instituto de Cibernética y donde, después de almorzar, podrían charlar tranquilamente, sin temor a ser molestados por nadie.

Volvió a mirar al reloj y vio que eran las nueve y media.

Respiró.

Tenía aún dos horas para ir a la cita y, aunque debía apresurarse, si deseaba ir a su casa, cambiarse y prepararse, no exigía todo aquello una precipitación excesiva.

—Buenos días, señor.

Se volvió, sorprendido de que alguien pudiese estar allí, en el laboratorio que, lo recordaba bien, había cerrado con llave.

El robot estaba ante él.

La sorpresa le paralizó.

De golpe lo recordó todo: había trabajado hasta muy tarde, montando la cabeza del hombre mecánico, colocándolo después junto a la pila atómica para cargarlo de energía. Y a hora lo tenía ante él, sin poderse explicar quién podría haberle gastado la pesada broma de soltar las conexiones de la pila.

Miró al robot.

Todas sus ilusiones afloraron al borde de la conciencia y con los ojos del espíritu recorrió las conexiones que las planchas de acero y cromo ocultaban ahora, viendo, como si los tuviese ante sí, los ovillos y bobinas de la red multiespacial.

¿Habría triunfado?

El I-8888, aparentemente, no parecía distinto a los demás. Y de no haber conocido su estructuración interna, jamás Curtis hubiese sabido que era el «suyo».

Aunque...

¿Cómo podía haberlo olvidado?

Unas iniciales, en cobre-electrónico, que nada podía alterar ni borrar, marcaban indeleblemente el robot: dos letras, «N. C.»: Nick Curtis.

Las observó, en el pecho del hombre máquina, sobre el lado «del corazón». Después fue cuando la voz del «I» sonó nuevamente.

—Le he preparado café y tostadas, señor.

Curtis sonrió.

Ya estaba demostrado que alguien le había gastado una broma, penetrando en el laboratorio por una de las ventanas, soltando al robot y dándole unas instrucciones para sorprenderle a él. Cualquier robot era capaz de preparar café y tostadas.

Claro que nadie se habría atrevido a montar aquella farsa más que uno de sus compañeros de sección: Alfred o Marga.

O los dos a la vez.

Una sonrisa entreabrió sus labios; después se dirigió al interfolio y pidió comunicación con la casa de Horriman.

—Hello?

Era la voz de su amigo.

—Hello, Alfred! ¿Por qué no me despertaste al entrar aquí?

Una pausa.

—¿Qué diablos quieres decir, Nick? ¿De qué me estás hablando?

—No disimules, granuja... Lo hiciste con Marga, ¿verdad?

La voz del otro perdió algo del acento cálido que tenía hasta entonces.

—No entiendo ni una sola palabra, Nick. Y te ruego, encarecidamente, que hagas el favor de explicarte con claridad.

El joven suspiró.

—Está bien, tú ganas... ¿No has venido a desconectar mi robot de la pila atómica?

—¿Yo? ¡Qué estupidez!

Y después de un silencio corto:

—¿Dónde estás ahora?

Por aquel detalle Curtis se dio cuenta de que se había equivocado.

—En el laboratorio.

—¿Es que no te has dado cuenta de que hoy es domingo?

—Hace poco, mirando el calendario del reloj. Es extraño...

—¿El qué?

—Dejé al robot conectado a la pila y debí de dormirme. Esta mañana, al despertarme, no estaba junto a la pila y vino, diciéndome que tenía el desayuno preparado, después de darme los buenos días...

—¿Y te extrañas de eso? Cualquier IMCE sería capaz de hacer otro tanto.

—Ya lo sé.

—Yo creo, amigo mío, que se te han subido a la cabeza todas las cosas raras que pensabas hacer... ¡Tienes un complejo de sabio!

Curtis notó el deje maligno que había en la voz del otro. Aquello le demostró que Alfred no era el autor de la broma y que, por otra parte, debía olvidarse de la sincera amistad que les había unido.

—Perdona, Alfred. No te molesto más.

—¿Molestarme? No me molestas, Curtis. Pero sigo aconsejándote que te tomes unas vacaciones y olvides todas esas tonterías.

—Quizá tengas razón. Lo haré.

—Te irá muchísimo mejor, ya verás.

—O. K., amigo. Hasta mañana.

—Adiós.

Nick cortó la comunicación cuando el otro lo hubo hecho; después, sin separarse del aparato, encendió un cigarrillo y se quedó pensando.

—Lamento —la voz del robot parecía cargada de extrañas inflexiones— haberle causado estos enojosos y molestos momentos, señor.

Casi dio un salto.

Nunca —y llevaba cerca de diez años trabajando entre ellos— había oído semejantes palabras en «boca» de un hombre mecánico.

Mirando al robot, le entró un singular temblor, como si se hallase ante el producto de un sueño o quizá de una alucinación que la fatiga había hecho aparecer, como si desease complacerle en sus más íntimos deseos.

No, no podía ser.

El robot había dicho algo; pero, indudablemente, no las palabras que todavía rondaban en el oído del joven. Era necesario hacer algo, ver quién había desconectado la máquina de la pila atómica y quién había dado instrucciones al robot para hacer una broma a Nick.

Se dispuso a salir de dudas.

—¿Y mi desayuno?

—Lo he puesto en su mesita de trabajo, señor... Cuando logré desconectarme, pensé que le agradaría tomar algo al despertar.

—¿Cómo? ¿Te desconectaste tú mismo?

—Sí, señor. ¿He hecho algo malo?

Y como Curtis no dijese nada, siguió:

—Mi carga estaba ya lograda. Examiné los controles y llegué a la conclusión de que los botones pardos debían soltar los cables. Me costó bastante, pero...

El joven hacía lo posible para disimular la intensa alegría que se estaba apoderando de él. Miró al robot, con los ojos desmesuradamente abiertos, como si no creyese en tan hermosa realidad.

Con voz cortada por la emoción, como un insensible murmullo, dijo:

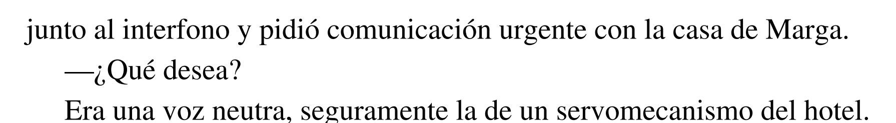
—Está bien. Haz el favor de prepararme un jugo de frutas. Enseguida iré a desayunar.

El robot asintió.

—Bien, señor.

Curtis le siguió con la mirada, observándole como algo inaudito. Todavía, en su fuero interior, seguía negando aquella realidad, creyendo más bien que se trataba de una broma y que las palabras de la última frase del hombre mecánico las había creado solamente su febril imaginación.

Corrió hacia el otro extremo del laboratorio y se asomó para ver si el «I» estaba haciendo lo que le había mandado. Y cuando se percató de ello, volvió



junto al interfono y pidió comunicación urgente con la casa de Marga.

—¿Qué desea?

Era una voz neutra, seguramente la de un servomecanismo del hotel.

—¿La señorita Oderson?

—Un momento, por favor.

Instantes después, la cálida voz de la muchacha sonaba al otro extremo del hilo.

—¿Diga?

—¡Soy yo, Marga!

—Ya conozco tu voz... Oye, me parece que es aún muy temprano para salir. Creí que me habías citado a las...

—No es eso —interrumpió Curtis. Y con voz vehemente—. Escucha, Marga, quiero que vengas enseguida al laboratorio. Acaba de ocurrir algo verdaderamente importante.

—¿Ir al laboratorio? ¿En domingo? ¿Estás ahí?

—Sí —se limitó a decir Nick, ante aquella catarata de preguntas—. ¡Ven, Marga y verás algo verdaderamente maravilloso! ¡He triunfado! ¡He triunfado!

—¿Te refieres al robot? ¿Qué ha hecho? ¿Qué ha pasado?

—Luego lo verás con tus propios ojos. ¿Te espero?

Un corto silencio.

—Bueno, iré en cuanto termine de arreglarme.

—¡Gracias! ¡Gracias!

Ella cortó y él se dirigió hacia la pequeña habitación donde acostumbraban tomar sus comidas.

El robot permanecía allí.

La mesa estaba impecablemente servida; pero aquello carecía de importancia.

—¿No cree usted, señor, que debía poner dos cubiertos?

Le miró, estupefacto.

—¿Qué... has dicho?

—Ya sé que está muy mal el oír las conversaciones de los demás, señor; pero usted me dotó de un oído supersensible y he escuchado lo que ha hablado con la señorita Oderson... sin quererlo.

Curtis tuyo que apoyarse en la mesa.

La cabeza le daba vueltas.

Prefirió huir de allí, alejarse de aquella criatura mecánica que le había sumido en un mundo de confusiones tremendas. Por el momento, deseaba pensar, respirar el aire libre del jardín, escapar al maleficio que parecía reinar en aquel laboratorio, desde que se había despertado, por la mañana.

—Pon dos cubiertos, será mejor... Gracias.

Y se alejó, horrorizado de que su estado de confusión le hubiese llevado hasta dar las gracias... a una máquina.

* * *

Ahora ya sabía qué buscaba...

I-8888 salvó rápidamente la distancia que le separaba de la ciudad, orientándose al llegar ante los primeros escombros.

Lo curioso era la sucesión ininterrumpida de imágenes que se iba sucediendo en su «mente». Después de aparecer las conjugadas de los dos hombres junto a Marga, ahora eran los primeros recuerdos, las impresiones de aquella mañana soleada, de aquel domingo, en que despertó del «sueño inorgánico» de los materiales que le componían para «tener conciencia de ser por primera vez».

Tenía que buscar a Curtis.

Ahora, como nunca, experimentaba una curiosa sensación de agradecimiento hacia aquel hombre que le había hecho tan distinto a los demás. Porque, de toda evidencia, no se parecía en nada a los otros, a los que seguían, de una manera mecánica, buscando al Hombre, inconcreto, abstracto... cualquier hombre.

Él buscaba a Nick Curtis, ya que ninguno otro le interesaba.

Hubiese deseado que las imágenes corriesen más, llevándole informaciones que necesitaba en aquellos momentos; pero su memoria, formada por cintas foto y sonosensibles, era como una película en la que no se pudiesen adelantar las escenas, aunque pudiese relacionarlas con otros hechos.

Tuvo que seguir buscando, inútilmente, ya que no podía «recordar» los últimos acontecimientos, los que habían precedido al instante en el que le separaron de Nick, de su creador.

No obstante la falta de datos, había una curiosa obstinación de todos sus circuitos, sobre los que planeaba la imagen de Curtis. El resto, la llegada de las imágenes que terminarían por conducirle hasta el lugar donde hallaría al hombre concreto, era, en cierto modo, secundario para él, ya que estaba orientado y que nada le separaría de una línea de conducta inconmovible.

Los otros robots, cansados quizá de no encontrar nada, se le acercaron.

—¿Qué buscas? —inquirió I-7676.

—Busco el hombre.

—Nosotros también.

I-8888 se irguió.

—Vosotros no. Yo busco a Nick Curtis. ¿Le conoces?

Tardó el otro cierto tiempo en recorrer las imágenes que su cinta uniespacial había grabado.

—No —repuso, después de una larga pausa.

—¿Quién es? —inquirió I-0999.

—El hombre más poderoso de todos —repuso I-8888—, mi creador. Él será el único capaz de buscar nuevas órdenes para nosotros.

Les hablaba en un lenguaje sencillo, seguro de que no le entenderían si se expresaba de otra manera.

—Te ayudaremos —dijo sencillamente I-0999.

CAPÍTULO IV



L llegar al jardín, Nick respiró voluptuosamente el aire de la mañana.

Luego levantó la cabeza, echando una mirada a los amplios ventanales del laboratorio.

«¿Qué he dejado allá arriba? —se preguntó—. ¿Qué clase de criatura ha salido de mis manos?».

Su sentido común le dijo que no debía preocuparse y que, después de todo, el robot que disponía la mesa, en aquellos momentos, no era más que una máquina: una reunión de piezas, cables «relais», conexiones, circuitos, células fotoeléctricas...

No obstante, a pesar de todo, Curtis no podía olvidar la conversación que había tenido con aquel especialista del cerebro, con aquel insigne frenólogo. Porque, en el fondo, todo dependía de la cantidad de asociaciones que el cerebro electrónico del robot pudiese hacer.

La llegada del coche de Marga interrumpió momentáneamente el curso de sus ideas. La joven, después de haber aparcado el vehículo, saltó fuera y se acercó a Curtis.

—Ya estoy aquí, amigo mío.

—Gracias por haber venido, Marga. No puedes imaginarte cuánto deseaba que vinieses.

—¿Qué es lo que ha ocurrido exactamente?

El muchacho se lo explicó todo sin ahorrar detalles.

Ella le escuchaba, atentamente. Y cuando terminó él vio que la incredulidad se reflejaba claramente en el rostro de la muchacha.

—Escucha, Nick. No quiero decir nada que pueda molestarte. Ya sabes que te aprecio sinceramente y...

Él insistió.

—¿Qué quieres decir, pequeña?

—He estudiado mucho, ya lo sabes, la técnica de fabricación de los robots. Hace casi tanto tiempo como tú que estoy aquí. Hemos visto verdaderas maravillas de máquinas creadas en estos laboratorios; tú mismo has aplicado algunas formidables ideas tuyas. Pero, amigo mío, debes serenarte. Un robot, por muy perfecto que sea el cerebro electrónico que se le haya aplicado, es incapaz de reaccionar por sí mismo, sin estímulos exteriores que le guíen su conducta.

—Ya lo sé.

—Entonces no querrás hacerme creer que una máquina puede, por sí sola, desconectarse de la pila atómica y hacer todo lo que me has dicho... ¿Estás seguro de no haberle dado instrucciones... antes de conectarlo?

Él sonrió.

—Eso es imposible, querida... Ya sabes, igual que yo, que sin energía interna ningún robot puede hacer nada.

—¡Perdona! Me has trastornado tanto con todas tus cosas que incluso he perdido mi norte; pero, de todas formas, no puedo creer lo que me has contado. Verás cómo creo yo que han ocurrido las cosas: tú reconectaste el robot, despertándote después e inscribiendo algunas instrucciones, entre ellas que se desconectase solo. Ya sé que es bastante difícil, pero no imposible.

Él asintió, y sonriendo tristemente dijo:

—La verdad es que no recuerdo nada... nada. Todo lo que ha ocurrido ha sido una cosa completamente normal. ¿Vamos a ver al robot?

Ella asintió.

—Sí, creo que es lo mejor.

Subieron al laboratorio.

El hombre-mecánico estaba inmóvil, junto a la encina; pero, al verlos, se apresuró a retirar lo que estaba calentando y lo puso sobre la mesa.

No dijo nada.

Marga lo observaba con toda atención; pero, disimulando, se sentó a la mesa frente al joven y empezó a tomar el café que la máquina había preparado.

—Voy a someterle a unas pruebas —dijo en voz baja, aprovechándose de que el robot se había alejado un tanto.

—Como quieras.

—Verás...

Estuvo unos instantes en silencio; después, bruscamente, rechazando la taza, censuró:

—¡Este café está malísimamente hecho!

Normalmente, el robot —un robot corriente— que hubiese oído aquellas palabras se hubiera excusado, ya que poseía suficientes engramas para hacerlo, ofreciéndose a preparar un nuevo café.

Pero el hombre-mecánico no se movió siquiera.

—¿Qué te parece? —musitó Marga—. ¡Ni siquiera reacciona como un robot corriente!

—Sí que es extraño.

Y fue entonces cuando él avanzó lentamente sobre sus pies metálicos hasta pararse junto a la mesa:

—Señorita Oderson —dijo con voz clara—, si usted desea probarme no creo que sea necesario basarse en datos falsos. Usted sabe perfectamente que el café le ha gustado... ¿para qué utilizar algo tan infantil? Puede hacerme las preguntas que desee...

Ella se quedó con la boca abierta. También la expresión del rostro de Curtis demostraba una sorpresa indescriptible.

Haciendo un poderoso esfuerzo, Marga logró dominarse, mirando al joven y consiguiendo una sonrisa forzada; después, volviendo el rostro hacia el robot:

—Está bien. Ya he visto que has oído mis palabras. Quiero, en efecto, probarte. Pero, antes de nada, deseo que me digas quién te desconectó de la pila.

—Fui yo mismo, señorita. Cuando mis circuitos empezaron a funcionar, me percaté de que estaba unido a la pila. Entonces, como ya estaba completa mi carga energética, apreté los botones marrones... pero todo eso ya se lo he contado al señor Curtis.

El asombro seguía pintándose en el rostro de la muchacha.

—¿Quiere preguntarme algo más, señorita?

Ella dudó; después se decidió.

—Bien, una última pregunta... ¿qué sabes de la situación mundial?

Era algo fantástico, una prueba que ningún robot hubiese podido resolver, a no ser una de las máquinas destinadas a estudios históricos, en la que se grababan respuestas de aquel tipo.

Pero el robot no vaciló.

—La situación mundial es muy grave... Todo el mundo teme una guerra y

los gobiernos de ambos bandos no hacen más que acelerar los preparativos bélicos, esforzándose en superar al adversario.

—De... acuerdo —repuso la muchacha, mirando a la máquina con una expresión de incredulidad, como si no creyese lo que acababa de oír.

Luego se levantó e invitó:

—¿Nos vamos, Nick?

Él comprendió perfectamente el verdadero deseo de ella.

—Sí, vamos.

Se levantó a su vea, y volviéndose hacia el robot, pidió:

—Espera aquí. Puedes recoger todo esto...

—Bien, señor.

Salieron cogidos del brazo, como si necesitasen aquel mutuo apoyo. No hablaron absolutamente nada hasta que el vehículo, que Marga puso en marcha, hubo salido del parque del Instituto.

—¡Es fantástico! —exclamó ella.

—Estoy verdaderamente anonadado...

—Lo comprendo. ¿Te das cuenta exacta de lo que has logrado, Nick?

—Creo que no.

—Es natural. Y no te extrañe que Alfred no te haya creído cuando le contaste todo, aunque...

Guardó un silencio que Curtis respetó un buen rato; luego, movido por la curiosidad:

—¿Qué has querido decir, Marga?

Ella dudó; pero, decidiéndose, dijo:

—Albert te tiene mucha envidia, Nick. Es una cosa de la que me he ido dando cuenta poco a poco. Sois muy diferentes.

—¡No le hagas caso, pequeña! Horriman ha sido siempre así, pero en el fondo es una excelente persona.

—Es posible, pero temo que las cosas se compliquen dentro de poco.

—¿Por qué?

—Porque este robot va a hacerte célebre, Nick, convirtiéndote en una autoridad indiscutible de la Cibernética. ¿Te das cuenta de todo lo que el Gobierno puede sacar de tu invento? Hasta ahora muchos problemas en el interior de las bases no han sido resueltos porque los IECS, a pesar de su perfección, no son capaces de hacer lo que el tuyo...

—No me gustaría que mi invento se emplease en la guerra, Marga.

—A mí tampoco; pero estamos en una época en que todos nuestros esfuerzos, desdichadamente, están destinados a eso... Pero no nos preocupemos más. ¡Te esperan días de triunfo, Nick! Y yo estoy sinceramente orgullosa de ti.

Él la miró, recordando entonces el motivo de la cita que tenía con ella en aquel resplandeciente domingo.

—Marga.

Ella, como si intuyese lo que se acercaba, detuvo el coche.

Se encontraban en una zona tranquila de la ciudad, en el centro de un hermoso parque, cruzado de parte a parte por una anchísima autopista.

—¿Qué quieres, Nick?

Él titubeó antes decidirse.

—Yo no sé si ésta es la mejor ocasión de decirlo, pequeña... en realidad, yo pensaba decírtelo, de todos modos, cuando nos hubiésemos visto, si nada hubiera ocurrido; pero, desde esta mañana, muchas cosas han pasado y nuestra cita se vino al suelo...

No se atrevía a mirarla, teniendo los ojos clavados en la brillante superficie del parabrisas.

—¿Qué querías decirme, Nick?

—Verás... no es nada fácil... además, no sé exactamente si te sentará bien, pero de todos modos yo...

—¿Quieres dejar de dar tantos rodeos? ¡Seguro que tu robot no habría dudado tanto!

Él se volvió riendo.

—¡Qué cosas tienes!

Luego, ya completamente decidido, confesó:

—Te quiero, Marga... y deseaba preguntarte si desearías casarte conmigo.

Ella lanzó una alegre carcajada.

—¿Y para eso tantos misterios?

—¿Quieres decir que...?

—Que sí. Tú no me lo habías pedido hasta ahora... Sí, Nick, yo también te quiero. Pero hemos de tener cuidado con Alfred: no admitirá en modo alguno esta derro...

Él no la dejó seguir.

El beso duraba dos minutos más tarde, cuando el agente de policía se detuvo junto al coche que Marga, inadvertidamente, había colocado en un lugar donde estaba rigurosamente prohibido aparcar.

* * *

Alfred encendió un nuevo cigarrillo, echando una mirada al cenicero repleto de colillas de todos los tamaños.

¿Y si fuese verdad?

Lanzó una furiosa bocanada de humo contra el cristal de la ventana. Al otro lado, la gente dominguera empezaba a circular con sus coches, sobre todo los que, por un motivo u otro, habían retrasado su «weekend».

No, era imposible.

Curtis había sido siempre un soñador, un verdadero poseso que rondaba alrededor de extrañas ideas que jamás llegaría a realizar.

Sin embargo...

«Sí, ya sé —continuó pensando—. Ya sé que inventó un selector múltiple, revolucionando el sistema de respuestas en los robots, pero de ahí a lograr lo que me ha dicho...».

Su antigua envidia, la que había sentido siempre hacia el compañero que se destacaba sin cesar y que, a pesar de ello, estaba siempre a su lado, sin que la menor muestra de orgulloso marchitase la pureza de la amistad que sentía hacia Horriman.

¡Y eso era precisamente lo que ponía furioso a Alfred, cuyo estrecho espíritu no podía comprender aquella natural postura del otro más que como una disimulada maniobra para hacerle sentir la diferencia que existía entre ambos.

Fue en aquel momento cuando Alfred asoció las ideas que le trajeron a la imagen de Marga.

Cerró los puños.

Evidentemente, si Curtis había dicho la verdad, si no se había equivocado y lograba tan resonante triunfo, todo se vendría abajo y ya podía olvidar sus pretensiones hacia la muchacha que indudablemente, se sentiría atraída hacia el otro.

—¡Eso no!

Si rugido había salido de su garganta como un grito ronco, lleno de odio, de aquel odio que le hacía hervir la sangre en las venas.

Debía hacer algo.

Cuanto más tiempo perdiese, menos probabilidades tendría de ganar el terreno que el descubrimiento revolucionario de Curtis le haría retroceder en la estimación de Marga Oderson.

Y, por encima de todo, Alfred se había propuesto casarse con la muchacha, de la que estaba pasionalmente enamorado.

Se vistió rápidamente.

Una vez en el coche y dirigiéndose hacia el laboratorio, una extraña tranquilidad se apoderó de él.

Estaba casi plenamente convencido de que Nick había exagerado al hablarle por teléfono, ya que no podía ser verdad lo que le había dicho. Por otra parte, la posibilidad de percatarse por sí mismo, dentro de pocos minutos, contribuyó poderosamente a instaurar aquella paz en su espíritu atormentado.

Vería el robot, comprobaría las aseveraciones de su amigo y así sabría con toda exactitud el alcance verdadero del descubrimiento de Curtis.

El que otro vehículo circulase ante él le permitió ver sin ser visto; además,

la pareja estaba charlando con el policía y éste tenía una sonrisa, un gesto que evidenciaba que debía haberles sorprendido besándose.

Una sorda rabia se apoderó de él.

¡Debía haberlo supuesto!

Todo aquello no era más que una hábil maniobra de Nick, que engañando a la muchacha con algún truco que habría preparado con su robot, le había hecho creer en un descubrimiento extraordinario para ganarse así su aprecio.

Adelantó al vehículo que le precedía, evitando de este modo que ninguno de los dos —Marga o Nick— pudiesen verle. Luego apretó el acelerador y salvó en un santiamén la distancia que le separaba del Instituto.

Tras aparcar su coche, lanzó una ojeada a los ventanales del laboratorio, que estaban cerrados. Sacó su llave, abrió la puerta y se introdujo en el interior del edificio.

Dominando apenas sus nervios, abrió luego el laboratorio y echó una ojeada a la amplia sala en la que había pasado tantas y tantas horas en los últimos años.

Lo vio.

El robot estaba sentado ante la propia mesa de Nick y colocaba cuidadosamente unos papeles.

Su actitud, la naturalidad de sus movimientos y el aspecto inteligente que parecía brotar de aquella máquina, hicieron comprender de golpe a Alfred que se encontraba ante algo verdaderamente extraordinario.

Avanzó, procurando ahogar la emoción que se había apoderado de él.

El robot debió darse cuenta de su presencia, pero sólo volvió su monumental cabeza cuando Horriman estuvo a pocos pasos de la mesa.

—Buenos días, señor.

—¡Hola! ¿Qué haces?

—Estoy colocando los papeles del señor Curtis... Aquí están todas las fórmulas que han hecho posible mi creación.

—¿Las entiendes?

—Sí.

Aquella respuesta le dio a Alfred una idea de la maravillosa máquina que tenía ante él. Además de haber hecho un robot superior, Curtis había logrado —¡gracias a su maldita red superespacial!— hacer de aquel hombre mecánico un cerebro electrónico capaz de resolver problemas complejísimos.

Horriman miró el robot, preguntándose cómo podía Nick haber introducido tan complejo mecanismo en el interior del reducido espacio que le permitía el cuerpo del «I».

Era indudable que el misterio residía en la «red», que multiplicaba la superficie en la que se aplicaban los engramas de una manera verdaderamente fabulosa.

Y la idea surgió en su mente como un relámpago que iluminase, como en pleno día, la negrura de su envidia y su odio, llevados hasta el paroxismo.

—Vengo de parte de Curtis —dijo—. Yo soy su amigo y colaborador.

El robot seguía mirándole.

—El señor Curtis —siguió diciendo— desea que vengas conmigo y que le lleve, al mismo tiempo, todos esos, papeles.

I-8888 —aunque aún no se llamaba así— ahondó febrilmente en su memoria, buscando afanosamente algo que se relacionase con la imagen del hombre que tenía enfrente y que sus ojos televisores acababan de impresionar.

No encontró nada.

—Bien —dijo, levantándose y tendiendo los papeles a Alfred—. Vamos cuando usted quiera.

Una sonrisa de triunfo se pintó en los labios de Alfred.

CAPÍTULO V



AS imágenes iban desfilando, proyectadas por la cinta fotosensible, en el interior de la cabeza de I-8888, en aquella pantalla que, por su utilidad, había sido bautizada con el nombre de «conciencia robótica».

Ahora «recordaba» perfectamente el papel nefasto que Alfred Horriman había jugado en aquella historia que empezó el domingo aquel, cuando I-8888 despertó de la quietud de su «sueño inorgánico», pasando de ser una reunión de materiales a algo orgánicamente organizado.

Rodeado de los otros IECS y ayudado por los DACI, I-8888 proseguía su marcha por los alrededores de la ciudad, sin saber aún en qué punto iba a encontrar lo que buscaba.

En los refugios que iban viendo no había más que cadáveres o restos calcinados y desintegrados. Destrucción por doquier: aquélla era la meta que la locura humana había alcanzado.

Los contadores Geiger de los DACI señalaban una radiactividad crecida, mortal, en la que cualquier organismo vivo hubiese dejado de existir rápida e inexorablemente.

Pero el robot no pensaba en aquello.

Mientras sus ojos televisores ahondaban los rincones de las galerías que en compañía de los otros hombres-máquinas iba registrando, su «conciencia robótica» seguía contándole, con imágenes inmediatamente asociadas a «sensaciones agradables y desagradables», el relato de aquellos días pasados, cuando los hombres eran aún dueños de la Tierra y, sobre todo, de ellos mismos.

I-8888 caminaba, erguido, su cuerpo brillante bajo la caricia del sol, sobre las ruinas que la demencia humana había hecho...

* * *

Comieron, tal y como habían pensado, en el local reservado a los miembros del instituto Cibernético.

Nunca se habían sentido tan intensamente felices.

La comida estuvo entrecortada de esas exclamaciones, musitadas casi, que hacen la delicia de los enamorados; pero cuando el café humeó ante ellos, en las minúsculas tazas, volvieron al tema que les interesaba profesionalmente, más que ninguno otro.

—¿Piensas presentarlo pronto, querido?

—Ya veremos. Antes de hacerlo deseaba realizar un estudio profundo sobre las posibilidades que ese robot tiene... y que todavía desconozco.

—¿No podíamos hacerlo juntos?

Él sonrió.

—¡Claro que sí, amor mío! Ningún otro colaborador será nunca más de mi agrado.

—¡Qué tonto eres!

Hubo una pausa, que aprovecharon para encender sendos cigarrillos.

Entonces notó Curtis un brusco cambio en la expresión de la muchacha, que frunció el entrecejo, apretando convulsivamente el extremo del cigarrillo, que aplastó sin darse cuenta.

—¿Qué te pasa, Marga?

—Nada.

Él le cogió la mano, extendiendo la suya sobre la mesa.

—¿No quieres decírmelo?

Marga sonrió.

—¿Por qué no? Pensaba en Alfred.

—¿En Alfred? ¿Por qué?

—No es que le tema, Nick, lejos de eso; pero le conozco lo suficiente como para saber que su reacción será brutal.

Una sorda rabia se apoderó de Curtis.

—¿No crees que estamos exagerando ridículamente, querida? No quiero que conviertas a ese hombre en una especie de espada de Damocles, eternamente suspendida sobre nuestra cabeza. ¿Sabes lo que vamos a hacer?

—No.

—Telefonearle añora mismo. Le comunicaremos la fecha de nuestro enlace y le invitaremos. ¡Así acabaremos con esta absurda tensión nerviosa! ¡Ni que nuestra felicidad dependiese de Alfred!

—Creo que tienes razón.

—¡Naturalmente! Ven, creo que aquí tienen «visoteléfono». Así podremos ver su cara...

Curtis pagó la nota y después, tras pedir la comunicación con el número de Horriman, se dirigió a la cabina, donde ambos se sentaron ante la pantalla, esperando que les diesen la comunicación.

Nick cogió la mano de Marga, notando que ésta temblaba ligeramente.

—Pero ¿estás nerviosa, querida?

—Un poco. Debes perdonarme, Nick; pero no quisiera, por nada del mundo, que Alfred y tú os convirtieseis en enemigos inconciliables.

—No temas. Yo, por mi parte...

La iluminación de la pantalla cortó la frase del joven que, como la muchacha, levantó la cabeza a tiempo de ver el rostro sonriente de Horriman.

—¡Hola! —saludó Alfred.

Nick y Marga le sonrieron.

—Queríamos darte una buena noticia, Alfred, y que fueses el primero en conocerla.

—Las buenas noticias son siempre agradables.

—Marga y yo vamos a... casarnos.

—¿Es posible?

La sonrisa no había desaparecido de su rostro, que les pareció más jovial que nunca.

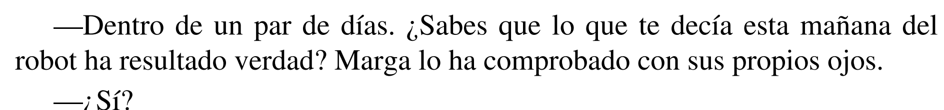
—¿Te alegras? —inquirió la mujer.

Alfred la miró.

—¿Alegrarme? ¡Naturalmente! Es una sorpresa estupenda... ¡Espero que contéis conmigo, ¿eh?

—Claro que sí.

—¿Y cuándo será esa boda?


—Dentro de un par de días. ¿Sabes que lo que te decía esta mañana del robot ha resultado verdad? Marga lo ha comprobado con sus propios ojos.

—¿Sí?

—¡Es maravilloso! —exclamó ella, con las mejillas encendidas.

—No sabéis cuánto me alegro. Ya sabía yo que este cabezota se saldría al final con la suya... Bueno, tortolitos, yo tampoco pensaba deciros nada, al menos por el momento... pero tengo una cita con una criatura verdaderamente maravillosa...

—¿Cómo? —se extrañó Marga—. ¿Una muchacha? ¿Estás enamorado?

—Enamorado, sí; os lo aseguro...

—¡Mi enhorabuena, Alfred!

—Gracias, Nick. Ya nos veremos.

La pantalla se apagó y los dos jóvenes se miraron, sonrientes.

—¿Te das cuenta, querida?

—Nunca hubiese creído que Alfred tuviese una novia, nunca...

—¡Ni que fueses tú su prometida!

—No es eso, Nick... pero es extraño.

—¡No te preocupes! Vamos a ir al laboratorio, a echar una ojeada al robot y volveremos cada uno a nuestra casa. ¿No te parece?

—Sí.

Una vez aparcaron el vehículo en el parque del Instituto, los dos jóvenes, cogidos de la mano, penetraron en el edificio y entraron finalmente en el laboratorio, donde les esperaba la desagradable sorpresa.

El robot no estaba allí.

Lo buscaron por todas partes y Marga, alarmada, opinó:

—¿No se habrá ido?

—¿Lo crees?

—Es más que posible. Tu robot posee demasiadas asociaciones para hacerlo, sin que nadie se lo haya mandado. Creo, amor mío, que esa máquina puede hasta llegar a ser peligrosa.

Nick bajó la cabeza.

—Es posible que tengas razón, querida...

Hubo una pausa.

—¿Vamos a buscarlo?

—Sí. No podemos dejar que una máquina, cuyas reacciones nos son desconocidas, en su mayor parte, ande suelta por ahí.

* * *

A la mañana siguiente, Alfred entró en el laboratorio, con una expresión jovial, simulando extrañarse ante la que ofrecían los rostros de sus amigos.

—Pero... ¿qué es eso? ¿Qué ocurre a los tortolitos? ¿Ya hemos empezado a

reñir?

—No, Alfred —repuso Nick, sin abandonar la sombría expresión de su rostro—, no estamos enfadados. Es que ha ocurrido algo muy grave.

Marga intervino.

—Eso es, amigo nuestro: ¡el robot ha desaparecido!

—¿Eh?

—Sí. Cuando regresamos ayer tarde después de hablar contigo, no le encontramos por parte alguna?

—¿Lo habéis buscado bien?

—Sí.

Hubo una larga pausa.

—Sí que es un fastidio —dijo Alfred, con un rostro preocupado.

—Le hemos buscado también por esta parte de la ciudad, por si se había ido solo...

—¿Irse un robot solo? ¿Sin recibir previamente instrucciones?

Alfred estaba contento de ver lo bien que engañaba a los otros. Estaba haciendo su «papel» formidablemente.

—Tú no lo has visto —dijo Marga—. Es una máquina capaz de eso y de muchas cosas más.

—Me asombráis sinceramente...

—Ya sé que es algo increíble, pero puedes creernos, amigo mío: el robot era algo nuevo, algo ciertamente sorprendente.

—Te creo —repuso Alfred, al cabo de un momento—. ¿Y qué pensáis hacer?

—Ya lo hemos decidido —dijo Marga—. Nos duele hacerlo, pero no hay más remedio...

—¿Qué intentáis?

Era como si un vago temor le oprimiese. Curtis dijo:

—Vamos a dar parte a la policía y comunicarlo al gobierno...

—¡No! ¿Os habéis vuelto locos?

Le miraron con extrañeza.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Marga.

—Que no debéis cometer un error semejante. Si dais cuenta a las autoridades, no lograréis más que desprestigiar al Instituto, ya que nadie creerá que un robot ha obrado por sí mismo, y os perjudicaréis vosotros, puesto que las informaciones, declaraciones y trámites os robarán un tiempo que, al casaros, debéis destinar a vuestra luna de miel.

Marga sonrió.

—Eres muy amable, Alfred; pero verdaderamente...

—No, no hagáis nada. Dejad que yo investigue, por mi parte. Ese robot no

debe de andar lejos. Lo que tenéis que hacer es casaros y concederos unos días de descanso. Nick ha trabajado intensamente en estos últimos tiempos, y no le vendría mal una pequeña temporada fuera del laboratorio.

—Tienes razón.

—Claro que la tengo, Nick. Voy a empezar inmediatamente las investigaciones. Tengo un buen amigo que es detective particular y que estará encantado en ayudarme.

Su efusión y su simpatía les ganó por completo.

* * *

Se casaron el miércoles por la tarde. Alfred fue el padrino de boda y les hizo un magnífico regalo. Después, siempre sonriente, les acompañó al aeropuerto.

—Deseo que paséis unos días estupendos.

—Gracias, Alfred. Pero no olvides comunicarnos lo que sepas sobre el robot.

—Lo haré.

Nick se acercó a él y en voz baja confió:

—Voy a decirte algo, amigo mío: algo que no pensaba decir a nadie. Ni ella lo sabe.

—¿De qué se trata?

—A pesar de que el material empleado en la construcción del robot pertenecía al Instituto, yo deseaba quedarme esa máquina para mí. Hubiera hablado con nuestros jefes, rogándoles que me fueran desquitando algo de dinero cada mes, hasta haber pagado la totalidad del material...

—¡Qué bobada! ¿Quién iba a darse cuenta de que faltan un poco de plancha y algunos cables?

—No lo creas. La red es tan compleja, que el selector abarca cerca de cien kilómetros de hilo electrónico.

—¡Cien kilómetros!

—Sí. Ya sabes que los hilos trabajan con cuatro fases y un punteado de a milímetro, lo que quiere decir que en un milímetro pueden inscribirse cuatro engramas. Como en cien kilómetros hay cien millones de milímetros, la cifra de «conceptos» almacenabas en el cerebro de mi robot es de cuatrocientos millones...

—¡Qué barbaridad!

—Eso te hará ver que no es nada difícil que esa máquina llegue, con el tiempo, a moverse a impulsos de lo que podíamos llamar «su propia personalidad». Por eso puede llegar a ser peligrosa en libertad.

—Ya me doy cuenta. Y te prometo que la encontraré, aunque tenga que buscarla noche y día.

—Gracias por todo, amigo mío.

Se abrazaron y Alfred besó a Marga en las mejillas. Momentos más tarde el avión que iba a llevarlos a Florida se elevaba majestuosamente en el espacio.

Alfred permaneció allí hasta que el aparato no fue más que un punto en el cielo; después, con una extraña sonrisa en los labios se dirigió al lugar donde había aparcado el vehículo, tomando el camino de su domicilio.

Tenía que volverlo a ver.

Desde que lo llevó a su casa, encerrándolo en el sótano, apenas si lo había visto, prefiriendo estudiar las notas de Curtis, ya que su proyecto era presentarse como inventor del robot, aprovechándose de la ausencia de su amigo.

La importancia de lo que podía lograr, presentando al robot como cosa suya, era mucho mayor que la satisfacción que hubiese conseguido casándose con Marga. Y, después de todo —se decía—, ella terminaría, al verle triunfador absoluto, abandonando a Curtis por él.

Sabía que iba a costarle algún trabajo el entender los datos que estaban consignados en las notas de Curtis; pero, con la ayuda del robot, que era al mismo tiempo un formidable electrónico, podría llegar a comprender las complicadas fórmulas de su amigo para presentarlas ante el Consejo del Instituto, que premiaría sus trabajos revolucionarios.

Una vez en su casa, Horriman repasó ciertos datos, examinando las notas de Nick e intentando esclarecer las complejas ecuaciones; pero, incapaz de manejar aquel lenguaje matemático con la destreza y agilidad de su amigo, terminó aburriéndose, encendiendo un cigarrillo y dirigiéndose al sótano, cuya pesada puerta abrió, penetrando en la amplia estancia subterránea donde había encerrado al robot.

El «I» estaba inmóvil, en medio de la sala.

Alfred se acercó al hombre mecánico, quien al percatarse saludó:

—Buenos días, señor.

—¡Hola!

—¿Ha visto al señor Curtis?

—Sí, acaba de irse con su esposa.

—¿Se ha casado?

A Horriman le pareció que el tono de voz había cambiado en aquella última pregunta, pero se dijo que debía de haberse equivocado.

—Sí, se ha casado. Y tú conoces a su esposa.

—¿Yo?

—Es aquella joven que viste el domingo pasado.

—¿La señorita Oderson?

—Sí.

Hubo una pausa.

—Me alegro mucho. ¿Le ha hablado usted de mí?

—Sí.

—¿Y no le ha dicho dónde estaba? Usted me trajo, diciéndome que él me llamaba... y no era verdad.

Albert no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Quieres decir que he mentido?

Hubo una duda, que se prolongó en un silencio molesto.

—Sé —dijo el robot— que no se debe llamar embustero a nadie; pero usted me trajo aquí y yo esperaba ver al señor Curtis.

—¡No quiere verte más!

—¿Es posible?

—¡Cuando yo lo digo!

—No puedo creerlo, señor. Míster Curtis me creó y yo sé... lo noté en su rostro, que he repasado en mi memoria, una expresión de dicha al contemplar su obra; es decir, a mí.

Alfred miró la máquina con horror.

—¿Cómo? ¿Eres capaz de darte cuenta del valor de las expresiones?

—Sí, soy capaz.

Y después de una terrible pausa prosiguió:

—Por eso me he dado cuenta de que usted es el enemigo de míster Curtis.

—¿Eh?

—Sí. Su rostro expresa claramente la mentira que sus labios no se atreven a decir... ¡Quiero que me lleve junto a él!

—¿Estás loco? ¡Se han ido!

—Llámelas... Vendrán a por mí; estoy seguro.

Alfred retrocedió, buscando la puerta.

—¡No saldrás de aquí! Eres mío, ¿entiendes? ¡Completamente mío!

Estaba seguro de haber triunfado, pero el robot se precipitó en aquel momento sobre él.

De un formidable manotazo lo lanzó al suelo, sin sentido. Después salió por la puerta y corrió escaleras arriba hacia la libertad que tanto ansiaba, acabando de descubrir su maravilloso valor.

CAPÍTULO VI


ETÚVOSE I-8888. La claridad de las imágenes que en aquellos momentos desfilaban por su memoria robótica era tan fuerte que le parecía revisarlas, como si estuviese nuevamente en el sótano, huyendo del hombre que acababa de derribar de un manotazo.

¿Agredir a un hombre?

Si cualquiera de los robots que le rodeaban hubiese podido verle, en aquel momento, cuando se lanzó furiosamente contra Alfred, lo hubiera relucido a pedazos. Porque el mecanismo de los hombres-mecánicos estaba dispuesto de modo a formar un cortocircuito cuando existía la posibilidad de una agresión al hombre.

Generalmente, la idea de ataque no estaba impresa en ninguna de las bobinas que formaban la «memoria robótica», así como las ideas de defensa, puesto que tal clase de máquinas estaba exclusivamente destinada a obedecer simplemente las órdenes, sencillas o complejas, que se les diesen o, en todo caso, a reaccionar ante impresiones que ya habían sido grabadas con anterioridad.

Al aparecer circunstancias inéditas, que no tuviesen correspondencia alguna con las que se guardaban en la «memoria», los robots, al igual que los cerebros electrónicos, eran capaces de «encontrar soluciones» —varias— entre las que escogían la que más estaba en acuerdo con la conducta a seguir.

Pero, a pesar de aquella perfección lograda en los servomecanismos, jamás se había producido una situación en la que el robot tuviese que defenderse del hombre (que podía destruirlo a martillazos, sin que la máquina reaccionara), cuanto menos la de una agresión hacia seres humanos, que surgiese «por sí misma» de la máquina.

Lo que había ocurrido en el caso de I-8888 dependía exclusivamente de la forma en la que Curtis había grabado los engramas, acumulándolos en la «red», como hubiese hecho con un niño al que hubiera debido educar en pocos días.

Tomando cintas magnetofónicas del Instituto del Hombre, Nick se había limitado a transcribirlas al robot, sin preocuparse demasiado de la selección que no obstante había cuidado todo lo que le permitió el poco tiempo que tenía para hacerlo.

De ahí que la idea de defensa, fuese contra quien fuese, se había anclado, con otras, en la memoria robótica del I-8888, y por esto atacó a Alfred Horriman, defendiéndose de la trampa que éste le había tendido.

* * *

El sol hacía brillar intensamente la superficie del océano. La barca, cuya

henchida vela los llevaba hacia la orilla, se balanceaba suavemente.

Marga llevaba el timón.

Iba en traje de baño y su piel había oscurecido sensiblemente, tomando un color acaramelado que realzaba su belleza. A proa, sentado, con una pipa apagada entre los dientes, Nick parecía perdido en profundas reflexiones.

—¡Eh, Nick!

El joven volvió la cabeza y quitándose la pipa de los labios, dijo:

—¿Qué hay, Marga?

—Ya estamos llegando. ¿Te has dado cuenta del estupendo capitán de buque que soy?

Curtis sonrió.

—Ya lo he visto, querida...

—No parece que te diviertas mucho, Nick.

—¿Por qué lo dices?

—Por tu aspecto. Pareces preocupado.

—Y lo estoy.

Ella, por el momento, no dijo nada, mirando hacia la playa, a la que se acercaban ya.

—Comprendo tu preocupación, querido.

¡Y claro que era fácil comprenderla!

A pesar de toda la felicidad que el matrimonio le había procurado, Nick, la parte científica de su personalidad, no había olvidado ni un solo instante la misteriosa desaparición de su robot y todo lo que significaba aquella fundamental pérdida.

Era como si le hubieran arrancado brutalmente un objeto preciado, algo que —estaba seguro— hubiese jugado un papel importantísimo en su prometedora carrera.

La barca hendió suavemente la arena, frenando su marcha.

—¿Te has dado cuenta de la manera de acostar, Nick?

—¡Verdaderamente extraordinaria!

Marga hacía lo imposible por alejar de la mente de su marido algo de las preocupaciones que le tenían estrechamente cogido; pero sabía que era inútil y que Curtis no recobraría la paz hasta poseer de nuevo el robot.

La muchacha que, como Nick, había reflexionado muchísimo sobre el hecho aquel, llegó a sospechar de Alfred, al que conocía muchísimo mejor que Curtis, cuyo corazón le había llevado siempre a considerarlo como un buen amigo.

Ella seguía sospechando, porque después de la corte que Horriman le hacía, le habían sonado a hueco aquellas palabras que, con una falsa sonrisa en los labios, había pronunciado Alfred ante la pantalla de su visófono.

De todas formas, no se atrevía a comunicar sus preocupaciones a Nick, y

que deseaba evitar, a toda costa, una enemistad que podría degenerar en algo verdaderamente desagradable.

Pensaba, eso sí, hablar a solas con Alfred, en la primera ocasión que se le presentase.

Éste preguntó:

—¿Vamos al hotel, querida?

—Sí.

Arrastraron la embarcación más hacia adentro, alejándose luego, de la mano, sobre la dorada arena de la playa, hacia el magnífico edificio que se veía al fondo y cuya construcción, de líneas que recordaban la arquitectura española, era reciente.

En poco tiempo toda la costa de Florida se había llenado de magníficos y suntuosos hoteles, tras la tranquilidad que a aquellos lugares había proporcionado el descubrimiento de un procedimiento que deshacía los tifones cuando estos se formaban. El temido Golfo de México se había convertido, a partir de aquello, en un lugar de los más apacibles de la Tierra.

El hotel estaba dotado de todas las comodidades imaginables y los Curtis hubiesen podido pasar unas semanas inolvidables, si todo hubiera ido bien, pero Marga se daba cuenta, no sin cierta amargura, de que su viaje de novios había sido, en cierto modo, un rotundo fracaso.

Una vez se hubieron cambiado de ropa, bajaron al amplío y hermoso comedor.

—¡Tengo un apetito feroz! —exclamó ella, intentando mostrarse contenta.

—Yo también tengo hambre —repuso él, con una sonrisa forzada.

Durante la comida, Marga no dijo nada que se relacionase con el robot. Sin embargo, su tensión nerviosa iba en aumento. Hasta que, al terminar de tomar el café, se encaró decididamente con Curtis.

—Esto tiene que acabarse, querido.

—¿A qué te refieres, Marga?

—No disimules. Sé que estás pasando unos días pésimos y...

—¡Pero, Marga! ¿Por qué dices eso? Nunca fui tan feliz en toda mi vida; te lo aseguro.

—En cierto modo, maridito, estás diciendo la verdad, pero sólo parcialmente, a medias. Ya sé que me quieres y que haces lo imposible para que yo me sienta completamente feliz; pero ¿hemos de seguir engañándonos tontamente?

—Yo...

—No hables ahora. Sé que estás horriblemente preocupado por el robot y, francamente, yo también lo estoy. Por eso, sin esperar un momento más, vamos a volver a nuestra ciudad.

—¿Cómo? ¿Quieres cortar nuestra luna de miel apenas iniciada?

—No importa. Para una esposa, antes que nada, lo que importa es la felicidad de su marido. Vas a hacer el favor de pedir la cuenta y reservar dos plazas para el avión de esta noche. Justo el tiempo de hacer los equipajes.

Él la contempló, admirado y agradecido al mismo tiempo, contento de tener una mujer que le comprendiese tan profundamente.

—Yo no quisiera, querida...

—Haz lo que te digo, Nick. En cuanto hayamos llegado a la ciudad, aprovecharemos el permiso que nos queda para buscar el robot por todas partes... ¡Ya verás cómo lo encontramos!

Hubo un silencio.

—Lo que me extraña es que Horriman no nos haya llamado.

Ella torció el gesto.

—No te preocupes por Alfred, querido, él tiene muchísimas cosas que hacer y aunque prometió ocuparse de nuestro asunto, es posible que no haya tenido mucho tiempo que dedicar a la búsqueda de la máquina.

—Es posible.

Hubo una pausa, que Curtis aprovechó para encender un cigarrillo; después, sonriente:

—Escucha, Marga. Ya sé que soy una calamidad, que no he sido capaz de procurarse la felicidad que merecías; pero, la verdad, también sabes que ese asunto es de una importancia fundamental para mí...

—No tienes que justificarte, querido.

—No me justifico. Es verdad que estoy deseando volver a la ciudad; pero, de todos modos, voy a intentar algo antes de hacer las maletas.

—¿Qué piensas hacer?

—Llamar a Alfred.

—¿Crees que conseguirás algo positivo?

—No lo sé, pero voy a intentarlo.

Minutos más tarde, la pareja estaba en la cámara del visófono. Nick había pedido comunicación con el número de Horriman y esperaba, impacientemente, fumando el tercer cigarrillo de la sobremesa.

—Imagínate, Marga, que Alfred supiese algo positivo... ¿Crees entonces que saldríamos corriendo de aquí?

Ella le acarició el rostro.

—¡Claro que sí, Nick!

—¿Cómo? —se asombró él.

—Eres como un niño. Si Alfred, que lo dudo hubiese encontrado el robot, no esperarías, estoy completamente segura, ni a hacer los equipajes.

Él se sintió descubierto, cogido plenamente.

Y enrojeció.

—¿Verdad que he de parecerte un gran estúpido, Marga?

—No, Nick. Eres como a mí me gusta que seas...

No pudo vencer la atracción que el rostro de ella ejercía sobre él. E inclinándose, posó sus labios en la boca de su mujer.

La pantalla se iluminó, justamente, en aquel momento.

Rojo de vergüenza, Nick se separó prestamente de Marga, diciendo, antes de volverse, con voz insegura:

—¡Hola, Alfred!

Pero, al volver el rostro hacia la pantalla, lanzó una exclamación de asombro.

—¡No!

Por su parte, Marga no pudo evitar a su vez una parecida exclamación de asombro.

—¡Es imposible!

Porque, en la pantalla, en vez del rostro conocido de Alfred, se veía el del robot que andaban buscando.

Permanecieron, sin saber ni qué decir ni qué hacer, tal era la sorpresa que les sobrecogía.

—¡Hola, señor!... ¡Hola, señora!

La voz de la máquina les llegaba clara, firme.

Logrando dominarse, no sin un gran esfuerzo y experimentando al mismo tiempo una gran alegría, Nick inquirió:

—¿Y Alfred? ¿Dónde está? Porque, indudablemente, ha sido él quien te ha encontrado, ¿verdad?

El robot tardó unos instantes en contestar.

—Míster Horriman está en el sótano. Lo tengo prisionero.

—¿Eh?

La exclamación salió, al mismo tiempo, de los labios de la pareja. Ambos se daban cuenta de que aquella máquina no tenía idea del respeto que se debía al hombre.

«¿Qué clase de monstruo he construido?», se preguntó Nick, verdaderamente aterrado.

Después preguntó en vos alta:

—¿Qué has hecho con mi amigo? ¡Contesta!

—No es su amigo, señor Curtis.

—¿Eh? ¿Cómo te atreves a hablar así?

—Perdone, señor; pero míster Horriman fue el que me llevó, de donde usted me dejó, diciéndome que usted deseaba que fuese con él.

—¿Es eso cierto?

—Completamente. Vino a buscarme y me trajo a su casa, junto con la

documentación que usted tenía sobre su despacho y que yo estaba ordenando después de que usted y la señorita se fuesen.

—¡Mis notas! ¡Las había olvidado!

—Están en mi poder, señor. Alfred deseaba presentarlas al Consejo como si hubiese sido él quien las hubiera hecho.

Hubo un silencio.

De los dos, Marga era la menos sorprendida de aquellas extraordinarias revelaciones.

Pero se abstuvo de hacer comentario alguno.

Curtis se volvió hacia ella y la consultó:

—¿Qué te parece, querida?

—Luego hablaremos... durante el viaje de regreso, ¿quieres? Ahora debes darle instrucciones.

—Tienes razón.

Y volviéndose hacia la pantalla.

—¿Le ha ocurrido algo a Alfred?

—Nada. Le he dado de comer y beber estos días, pero sin dejarlo salir del sótano. ¿Qué debo hacer ahora, señor?

Nick se rascó la cabeza; después dijo:

—Tienes que abandonar esa casa, enseguida...

Pensó unos instantes, para explicar después al robot la situación de su propio domicilio.

—Debes esperar a que se haga de noche. Saldrás, por el camino que te acabo de indicar y te esconderás en el jardín de nuestra casa. Nosotros llegaremos casi al mismo tiempo que tú.

—Está bien.

—¿Has comprendido?

—Perfectamente.

—Y, sobre todo, no hagas daño alguno a Alfred. Eso, de ninguna manera.

—Sí.

—Ya puedes cortar la comunicación.

—Bien, señor; pero le ruego que me permita felicitarle... por su boda.

La pantalla se apagó.

Nick no pudo retener una sonrisa y se volvió hacia su esposa.

—¿No es éste un caso verdaderamente extraordinario, querida?

—Lo es —repuso ella, con un tono de sincera emoción en la voz—. Es maravilloso.

* * *

Al recordar ahora aquellos acontecimientos, I-8888, que seguía viendo las

imágenes que desfilaban por su «conciencia robótica», experimentó algo que podría calificarse de pesadumbre.

Sí, porque hubiese sido mucho mejor, desde todos los puntos de vista, haber desobedecido al señor Curtis... y haber matado a Alfred Horriman.

En aquellos días, cuando I-8888 estaba en la casa del falso amigo de su dueño, no conocía aún más que teóricamente, por los engramas que habían grabado en su cerebro, la idea de la muerte por la violencia, sobre todo entre seres humanos. No sabía su verdadero significado.

Después, ya en la base, cuando le fueron dictadas como a los demás IECS las instrucciones pertinentes a la guerra, comprendió, mucho mejor que los otros, que el hombre, colectivamente, no era bueno y que había hecho esfuerzos, gastos y sacrificios con el único absurdo fin de autodestruirse, de matarse unos a otros.

Fue muy doloroso para un robot como I-8888 descubrir aquello. Porque, debido a su construcción, que le hacía un ser privilegiado, pudo asociar conceptos y llegar a una conclusión de la que el hombre salía tremendamente malparado.

Ahora el robot, mientras seguía buscando a Nick, reflexionaba amargamente sobre el doloroso descubrimiento que había hecho, mirando con un cierto desprecio (si así podía llamarse lo que experimentaba) a los otros hombres-mecánicos que, después de todo, a su lado, no eran más que meras máquinas, incapaces de llegar a las conclusiones que él había alcanzado.

CAPÍTULO VII



LFRED, cuando el robot, al anochecer, abandonó su casa, creyó que acababa de resucitar.

Durante aquellos horribles días había padecido indeciblemente. Y el terror le había hecho perder muchos kilos, dejándole desmadejado, deshecho. Ahora comprendía la peligrosidad de una máquina como la que había inventado su amigo. Hasta entonces, Horriman se acostumbró, como todos los demás cibernéticos, a considerar los robots como lo que eran: simples mecanismos al servicio de los humanos, incapaces de tomar iniciativas por ellos mismos y, por lo tanto, aparatos manejables desde todos los puntos de vista.

Ahora...

Le fue difícil llegar a hacerse cargo que el «I» de Curtis era algo completamente distinto, una fase de la Cibernética jamás alcanzada y que planteaba problemas inéditos y que jamás se propusieron a la mente humana.

Porque era indudable que una vez ampliada la «conciencia robótica», hasta alcanzar la tremenda complejidad que Nick había logrado en su robot, el cual, sin convertirse, ni mucho menos, en un ser humano, era capaz, no obstante, de juzgar, ya que poseía los elementos suficientes para hacerlo.

De ahí una nueva situación que Alfred comprendió en cuanto el robot se arrojó sobre él.

Pero el resto de los hombres-mecánicos construidos, el hombre era un hecho aparte, una fuente de la que emanaban las instrucciones especiales, ya que las demás eran dadas por máquinas; pero, para el «I» de Curtis, había aparecido, por vez primera, en el campo de la Cibernética, la posibilidad de que un robot pudiese llegar a conocer al hombre... demasiado profundamente.

De golpe, la inviolabilidad del AMO había desaparecido, ya que éste podía demostrar, como en el caso concreto de Alfred, una animosidad maligna hacia un ser al que el robot consideraba esencialmente como bueno.

A medida que había ido reflexionando sobre aquello, Horriman sintió que su pavor crecía. Y tembló, de pies a cabeza, cada vez que el «I» descendía las

escaleras para llevarle la comida.

Jamás le dirigió el robot una sola palabra. Y Alfred lo miraba, de reojo, examinando aquel inexpresivo rostro metálico, temiendo que en cualquier momento se produjese una reacción «colérica» en uno de los circuitos de la máquina y, que el robot lo destrozase entre sus potentes manos.

Al quedarse solo en su casa —había oído la conversación que el robot tuvo con su dueño—, no pensó más que en alejarse de allí, temiendo que la máquina regresase.

Se alojó en un hotel de las afueras, donde permaneció, casi sin salir, durante unos cuantos días, reponiéndose de los sufrimientos que había padecido en el sótano de su propio domicilio.

No podía dejar de pensar en todo aquello y el curso natural de sus ideas le conducía, invariablemente, a aumentar el odio que ya sentía hacia Nick, cuya felicidad le hacía cerrar los puños rabiosamente.

Tenía que vengarse.

Por eso, después de reflexionar largamente, llegó a la conclusión de que sólo había una manera de hundir la dicha de Nick Curtis, al menos parcialmente.

Nick le había dicho, antes de lograr el triunfo técnico que significaba el robot, que deseaba guardarlo para él. Y que como había empleado material perteneciente al Instituto, estaba dispuesto a hablar con los miembros del Consejo, de manera a poder pagar todo aquel material de una manera cómoda para él.

Era casi seguro que el Consejo aprobase los deseos de Curtis, ya que éste cedería los derechos de la fabricación de su «I» al Instituto y éste terminaría vendiéndolos al Gobierno.

Alfred escribió una carta detallada, firmándola y rubricándola, pero rogando que, «debido a la amistad que le unía con Curtis», no se relevase, al menos por el momento, la personalidad del denunciante.

* * *

—Ha desaparecido, Marga.

La muchacha asintió.

—Era obligado, Nick. Un hombre que no tiene la conciencia tranquila y que ha obrado tan suciamente hacia un amigo, no tiene más remedio que desaparecer.

—¡Créeme que lo siento!

—Yo, no...

—¿Por qué?

—Ya sabes que nunca te dije nada, querido. Pero siempre, desde el principio, desconfié de él.

Hubo un silencio.

—Sí, ahora recuerdo —dijo el joven—. Tú siempre le temías y yo no podía explicarme por qué. Ahora, sí...

—No hizo más que engañarnos, Nick. ¡Por eso estaba tan contento cuando, desde aquel restaurante, le comunicamos nuestro enlace! Yo, francamente, no creía lo que estaba viendo. Pero podía estar contento, ya que te acababa de robar el robot.

—Es triste.

—Ya te dije en una ocasión que Alfred tenía un feísimo y peligroso defecto: la envidia.

Fue en aquel momento cuándo uno de los ordenanzas del Instituto penetró en el laboratorio y se acercó directamente a la pareja.

—Profesor Curtis.

—¿Qué hay?

—El Consejo le llama, señor.

Nick miró a Marga.

—¿Han comunicado algo? —inquirió esta.

—Nada.

—Es extraño...

—Voy a ver lo que quieren. Puede tratarse de cualquier otra cosa.

—Aquí te espero.

—Hasta ahora.

Siguió al ordenanza y en el ascensor subió a la última planta del edificio, donde tenía su sede el Consejo Superior.

Todo él, en pleno, se hallaba reunido.

Curtis penetró en el amplio salón y tomó asiento en su sillón habitual, que llevaba su nombré inscrito en el respaldo. Cuando él penetró, se hizo un silencio completo, que se prolongó unos instantes, hasta que uno de los miembros del Consejo se dirigió hacia él.

—¿Puede decirnos en qué trabaja en estos momentos, profesor Curtis?

—Sí. Siguiendo el plan de instrucciones que nos han dado, estamos realizando experiencias sobre «relais» múltiples, sobre todo en robots de la serie IMCE.

—Bien. ¿Y no ha hecho otra cosa en estos últimos tiempos?

—No.

El hombre miró a los otros significativamente, después, sonriendo dijo:

—Creo que he formulado mal la pregunta... Naturalmente que no me refiero a trabajos oficiales, sino particulares. Profesor Curtis: ¿ha realizado algún trabajo especial por su cuenta?

—Sí.

—¿De qué se trata?

—Intentaba aumentar la «memoria robótica» y el número de las asociaciones posibles...

—¿Lo ha logrado?

Nick, que pensaba desesperadamente en explicarse cómo se habían enterado aquellos hombres, repuso prudentemente:

—No del todo.

—Comprendo.

La voz del hombre se hizo más dura cuando, después de una pequeña pausa, volvió a hablar:

—Supongo, profesor, que habrá destinado... a esos trabajos particulares un tiempo fuera de su normal tarea en el Instituto.

Nick enrojeció.

—Naturalmente, señor. Esos trabajos los hice siempre después de terminar la misión que en cada jornada me asignaron.

El hombre asintió.

—Perfecto... Y supongo, igualmente, que toda esa labor se habrá hecho con materiales de su propiedad... ¿No es así, profesor Curtis?

Nick sintió que las piernas le flaqueaban. De no haber estado sentado, se hubiera visto obligado a apoyarse en cualquier parte.

Contestó con voz dudosa:

—No, señor. Utilicé materiales del Instituto, pero pensaba...

El otro le interrumpió bruscamente.

—Luego nos dirá lo que pensaba, profesor. ¿Puede calcular, aproximadamente, el valor del material empleado?

Nick tardó en hacerlo.

Estaba irritado, confuso, ya que no había imaginado nunca que el Consejo fuese informado de su triunfo de aquella desleal manera.

—Unos doscientos ochenta mil dólares, señor.

Hubo murmullos en los escaños y el presidente se vio obligado a requerir silencio.

—Perfectamente, profesor —el acusador sonreía, encantado de vengarse, como todos aquellos imbéciles, de un hombre de ciencia—. También supongo que estará dispuesto a hacer efectiva al Instituto, inmediatamente, esa importante cantidad.

—No puedo hacerlo, señor.

Hubo un nuevo rumor.

—En ese caso, profesor Curtis, nos veremos obligados a requisar la máquina que usted ha hecho e imponerle la correspondiente multa.

—Pero...

—Un momento. Usted conocía perfectamente los reglamentos de este

Instituto y sabe que está taxativamente prohibido realizar experiencias que no hayan sido ordenadas por este Consejo, de acuerdo con los asesores correspondientes.

—Ya lo sé, señores; pero la importancia de mis descubrimientos...

Le interrumpieron nuevamente:

—Nadie discute esa importancia, profesor... Le conocemos lo suficiente para apreciar su demostrada inteligencia. Debido a eso, el castigo que se le impondrá será el mínimo... una multa nada cuantiosa y, desde luego, la requisa de su máquina.

—¿Qué van a hacer con ella, señor?

Hubo una pausa.

—Destinarla, como todas las que salen de este Instituto, a las bases del Ejército.

—Pero...

Le repugnaba que su robot fuese enviado, junto a otros, evidentemente inferiores, a las bases; pero, en aquellos momentos, descorazonado por completo por la actitud intransigente y estúpida del Consejo, le importaba un bledo lo que ocurriese.

Se sentía definitivamente vencido.

—¿De qué serie considera usted, profesor, el robot que ha construido?

—Indudablemente, un IECS.

—Perfectamente. ¿Posee algunas cualidades especiales?

Una triste sonrisa entreabrió imperceptiblemente los labios de Nick.

¿Qué si poseía cualidades especiales?

Si hubiesen empezado por ahí, Curtis les hubiera hablado de la maravillosa máquina que había salido de sus manos. Les hubiera dicho cosas que les habrían producido un asombro indecible.

Pero ahora...

No, no valía la pena.

Y con voz clara dijo:

—No posee ninguna cualidad especial, señores... Mis experiencias, francamente hablando, fueron un rotundo fracaso.

Una sonrisa de triunfo se pintó en el rostro del acusador.

—Nos place su modestia, profesor. Y ninguno de nosotros lo olvidará en el momento de discutir la cuantía de la multa que, desdichadamente, hemos de imponerle, siguiendo el espíritu de los reglamentos.

—La merezco.

—Bien. No creo, señores, que tengamos que entretener más al profesor. ¿Alguien dese hacer alguna pregunta?

Nadie dijo nada.

—Puede, retirarse, profesor Curtis.

—Muy bien.

Salió del salón inclinado, con los hombros gachos, como si acabase de envejecer veinte años.

Su decisión estaba tomada.

Dimitiría.

Cuando llegó junto a Marga ella comprendió, sin necesidad de que él dijese nada, lo que había ocurrido.

Y al decirle que iba a presentar la dimisión, ella lo besó tiernamente.

—Yo también la presentaré, amor mío.

* * *

Un año después, en la casa de los Curtis, nacía el pequeño Charles, llevando un poco de alegría a aquel hogar donde, a pesar de todo, la pesadumbre reinaba obstinadamente.

Desde que había presentado la dimisión, Nick había abandonado completamente todo lo relacionado con la Cibernética. Ahora trabajaba como técnico electrónico en el Instituto de Astronáutica, que dirigía su buen amigo Harry Olsen, al que había conocido hacía muchísimos años en una excursión escolar que hicieron a Europa antes de que este continente cayese en poder de los soviets.

Días después del nacimiento de Charles, que alegró positivamente a la pareja, Nick, como de costumbre, llegó al Instituto de Astronáutica y entró en los laboratorios donde trabajaba.

Pero el megáfono no le dejó llegar hasta su mesa.

«Por favor, Nick, ven a mi despacho».

Era la voz de Harry, y Curtis obedeció, dirigiéndose prestamente a la planta superior y penetrando en el despacho de su amigo.

—Siéntate.

Nick lo hizo.

El otro, le ofreció un cigarrillo y lo encendieron ambos, guardando un silencio preliminar que no gustó demasiado a Curtis.

—Te he mandado llamar —dijo Olsen— para decirte que tenemos que dar por terminados todos los trabajos.

—¿Ocurre algo?

—Va a ocurrir.

—¿El qué?

—La guerra.

—¿La...?

—Sí, amigo mío. Son informes completamente confidenciales. Ya sabes que acabo de llegar de Washington. Y puedes estar seguro de que no hay la

menor duda.

—Pero...

—Ya comprendo que esta noticia te deja frío, anonadado... Hasta ahora hemos vivido pendientes de la guerra, de tal modo que el hábito nos había hecho que la olvidásemos, que la consideráramos como algo imposible. Sin embargo, ahora, cuando todo se acerca, cuando la guerra va a estallar, se siente un estremecimiento de horror.

—¡Qué locura! Será el final del hombre en la Tierra.

—Ya lo sé, Nick. Y la pena es que no hayamos podido terminar la serie de astronaves que empezamos a fabricar hace un año.

—Tenemos una.

—Pero el Gobierno, dándose cuenta de que su existencia puede provocar una verdadera catástrofe, exige que la destruyamos.

—¿Destruirla?

—Sí. Es una medida drástica, que quiere demostrar al mundo que los dirigentes no quieren huir.

—¡Qué estupidez! Como si nosotros quisiéramos utilizarla.

—Ya sé que ninguno de nosotros osaría hacer una cosa así. No tendremos más remedio que obedecer las órdenes y destruí...

—¡No!

La voz de Nick se había elevado de tono.

—No —volvió a decir—. Ninguno de esos señores se da cuenta de lo que puede significar una guerra. Ellos van a declararla, pero si tuviesen idea de lo que puede llegar a ser, cuando todos los dispositivos de destrucción se pongan en marcha... ¡seguro que no la declararían!

—Crees que...

—Yo no creo nada, Harry. Lo que ocurre es que los miembros del Gobierno se dejan arrastrar por una serie de asesores incalificados, una banda de arribistas inconscientes e ignorantes... Esa gente informa favorablemente cuanto sale de nuestras manos, como si el enemigo fuese manco o sus sabios hubiesen perdido la cabeza.

»Nuestros proyectiles son los mejores y más rápidos», dicen esos imbéciles; «nuestros explosivos son los más potentes», «destruiremos al enemigo sin recibir ni un solo golpe de represalia»...

»Llevados por esos consejos falsos, los hombres responsables se dejan arrastrar por una especie de psicosis de victoria, lanzándose a la aventura bélica con un desconocimiento casi completo de los funestos resultados que se conseguirán.

—Eso es verdad.

—Es por lo que no deseo que destruyas esa astronave, Olsen. ¿Qué sabemos nosotros de lo que puede pasar después de la guerra?

—¿Qué insinúas?

—Es posible, más que posible, que no quede ningún ser humano con vida sobre la Tierra; pero ¿y si quedase alguien? Nuestro planeta se habrá convertido, debido a la radiación existente, en un mundo podrido, adonde nadie podrá permanecer un instante. Si hay alguien que se salve, debemos ofrecerle esa posibilidad.

—¿Cómo?

—Escondiendo la astronave, colocándola en un lugar donde no pueda ser destruida. Fuera podemos colocar unas instrucciones para los que tengan la suerte de leerlas.

—Creo que es lo mejor. Además, según he leído en Washington, va a procederse a ordenar a la población civil que vaya a los refugios, abandonando ciudades y pueblos.

Nick frunció el entrecejo.

—Es el comienzo del fin —dijo.

Nunca había dicho una verdad más grande.

CAPÍTULO VIII



CABABA de recordar!

Las imágenes le habían concretado exactamente el lugar donde debía buscar a Nick. Y todos sus circuitos, al unísono, aumentaron de tensión: forma en que podía considerarse la posibilidad de una «alegría electrónica».

Se volvió hacia los otros y dijo:

—¡Seguidme!

Los DACI se movieron hacia él, seguidos por los IECS.

Avanzaron.

Moviéndose por entre las colosales ruinas de la ciudad, llegaron a las cercanías de la antigua casa de los Curtis, donde se veía, medio oculta por los escombros, la entrada del refugio.

I-8888 señaló el lugar:

—¡Excavad ahí! ¡Aprisa!

Los DACI empezaron a trabajar febrilmente; mientras, los IECS, al lado del robot de Curtis, le miraban con curiosidad.

—¿Sigues buscando al hombre? —inquirió el viejo I-0999.

—Sí, Ahí está.

—Eso también lo decías antes —intervino I-7676.

—¿Qué quieres decir?

—Tú no eres un hombre y no puedes ordenarnos.

I-8888 estuvo a punto de replicar, pero un DACI de los que trabajaban a la entrada del refugio se volvió en aquel momento y anunció:

—Ya está la entrada al descubierto.

El robot se precipitó, abriéndose paso entre los que trabajaban. Al penetrar en la oscuridad su foco frontal se iluminó automáticamente, precediéndole un cono de luz blanca.

La galería, de trazado curvo, se adentraba, descendiendo en suave rampa.

I-8888 estaba «nervioso».

Su ansiedad se manifestaba en un temblor de todos sus circuitos. Y en su «conciencia robótica», por la que había desfilado toda la historia, la imagen de Nick había quedado como algo que deseaba confrontase con la realidad.

Lo encontró.

Fue al dar una de las vueltas cuando vio las dos formas que yacían en el suelo.

El cono luminoso cayó sobre el rostro macilento del joven profesor que, surgiendo de la seminconsciencia en que estaba sumido, levantó levemente la cabeza.

El robot lo miró intensamente, viendo al mismo tiempo el cadáver medio descompuesto que había al lado.

Era el cuerpo de Marga.

Arrodillándose junto al hombre, cuya situación comprendía, 1-8888,

sintiendo temblar todos sus circuitos, exclamó:

—¡Señor!

El rostro de Nick se animó un poco y un esbozo de sonrisa entreabrió ligeramente sus labios.

—¡Tú aquí!...

—Sí. Le he buscado por todas partes, pero no podía recordar.

—Comprendo. Ha sido necesario que la cinta pasase por completo.

—Eso es.

Hubo un silencio.

—¿Qué ha pasado fuera? —inquirió el hombre.

El robot tardó en contestar.

—Todo ha sido destruido, señor. Los «objetivos» han sobrevolado la Tierra, de la que la vida ha desaparecido casi totalmente... ¿Por qué han hecho ustedes eso, señor?

La sonrisa desapareció del rostro de Nick, que se tornó grave.

—Porque somos unos locos y unos malvados. Tú, una máquina, limitada a todo lo que te di, has sido capaz de horrorizarte, a tu modo, de una manera mecánica, de todo lo que ha sucedido. Mientras los hombres, a los que Dios dio un alma para que comprendiesen la esencia del bien y del mal, no han dudado un solo instante en desencadenar esta horrible catástrofe.

—Pero usted no...

—¿Y qué cuento yo? El hombre ha sido, mucho más de lo que siempre sospechó, un ser colectivo y la voluntad de un individuo, salvo rarísimas excepciones, no contó jamás para nada.

—Comprendo.

Hubo una nueva pausa.

—¿Su esposa... ha muerto?

—Sí —la voz de Nick era apenas audible—. Yo también estoy gravemente herido...

—¡Le sacaré de aquí!

—No.

—¿Por qué?

—Porque es completamente inútil... Pero de todos modos me has dado una gran alegría al venir... La pobre Marga no puede oírme, pero no importa. ¿Sabes que tenemos un hijo?

—No.

—Quisimos que viniese con nosotros al refugio, pero las autoridades de la ciudad habían hecho unos especiales para ellos... servidos por robots... y nos lo quitaron.

—¿Quiere que se lo traiga?

—¡¡No!!

Había un tono de angustia indecible en aquel desesperado grito.

—¿No te das cuenta de que estoy cargado de radiación? Apenas si puedo verte...

—¿Qué debo hacer entonces?

—Escucha... Tú eres inteligente y podrás llevar a cabo este último deseo mío... Te voy a dar la dirección del refugio donde se llevaron al niño. Hay allí, si no me equivoco... y si están con vida... una treintena de niños y niñas... ¡Ten mucho cuidado con la radiación! Todos ellos reposan en camitas completamente aisladas del medio ambiente. Una pila atómica les proporciona aire y calor, una nodriza mecánica los alimenta. Una vez los hayas descubierto, has de llevarlos a otra parte; pero... no podrás.

La máquina preguntó:

—¿Por qué?

—Tardarás mucho tú solo.

—Tengo muchos robots ahí afuera.

—Bien... ¡Estupendo! Harás que los robots trasladen cada uno una camita con muchísimo cuidado y los conducirás a otra dirección que voy a darte... En mi bolsillo hay una llave que te servirá para abrir la puerta blindada. Me la dio Harry y él se quedó con otra, pero no creo que haya tenido mejor suerte que yo...

»En ese lugar encontrarás una astronave. Su funcionamiento no es nada fácil, pero allí tienes todas las tablas y cálculos. En cuanto hayas colocado a los niños en el aparato, así como la pila atómica y la «nodriza», que tiene carga para varios años, estudias todo hasta que puedas ser capaz de dirigir el vuelo de la astronave.

—¿Cree que lo conseguiré?

—Sí.

—Bien.

—Quiero que te dirijas a Marte. Hasta ahora no hemos conseguido más que visitar la Luna, pero tenemos detalles que parecen demostrar que Marte es un planeta adaptable a nuestra forma de vida. ¿Lo entiendes?

—Sí. ¿Por qué no viene usted con nosotros?

—Imposible. Contagiaría a todos los niños. Además, no quiero separarme de Marga.

—Entiendo.

Un nuevo silencio se estableció entre ellos; después, Curtis, con voz débil y emocionada, recomendó:

—Cuida de los pequeños, cuídalos mucho...

—Lo haré. ¿Cuál es el suyo?

—Todos llevan su nombre en una medalla prendida al cuello. El nuestro

—la voz bajó de tono hasta no ser más que un murmullo, como un sollozo— se llama Charles.

—Lo tendré en cuenta.

—Tampoco olvides cargarte de energía cuando se te acabe. Sin ti, al menos por muchos años, esos pequeños serán como inválidos. Enséñales cosas. En la astronave hay una magnífica biblioteca y una filmoteca excelente.

—Les enseñaré, sobre todo, a que no hagan guerras... ¿Me oye, señor?

Pero Nick, cuya cabeza había caído hacia atrás, apenas había oído las últimas palabras del robot.

Y las repitió con un hilo de voz:

—Eso es... eso es... que... no... haya... más... guerras... ¿no... es... verdad, Marga...?

Calló definitivamente para siempre.

* * *

Alfred se ahogaba en el interior del refugio.

Su rostro y sus manos estaban cubiertos de escamas, en las que se habían convertido las quemaduras producidas por la radiación, que había entrado por las fisuras que los bombardeos habían hecho por doquier.

Después de darse cuenta de que sus compañeros de refugio habían dejado de existir, Horriman, que también se percató de que la salida estaba obstruida, trabajó febrilmente, empujado por el miedo. Seis días después logró salir al exterior.

El aspecto de la ciudad le hizo estremecer.

Sin embargo, a pesar de todo, sentía una especie de salvaje alegría al considerarse el único superviviente, sin pensar en que sus quemaduras eran, como para todos, el principio de un horrendo final.

Empezó a moverse por entre las ruinas.

Su estado de ánimo era complejo y rozaba, en muchas ocasiones, la demencia, ya que reía a carcajadas cuando veía los montones de cadáveres que asomaban por las salidas de los refugios.

—¡Miradme! —gritaba—. ¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo!

Pasó la noche entre las ruinas.

A la mañana siguiente, bajo un sol magnífico, que parecía querer demostrar la poca importancia que para el universo tenía el final de la vida sobre aquel mísero planeta, siguió peregrinando por la ciudad, sintiendo que le ardían los ojos, la garganta y la piel, a medida que aumentaba la radiactividad mortal que el cuerpo iba absorbiendo.

Fue un poco más tarde cuando descubrió la hilera de robots.

Le extrañó muchísimo ver aquella especie de cajas de cristal que llevaban. Y acercándose, cuidando de no ser visto, llegó a vislumbrar a los niños que contenían aquellas camitas aisladas.

Una sorda rabia se apoderó de él.

—¡No hay derecho! Todo el mundo se ha preocupado de ellos y me han dejado abandonado a mí... ¿No es más importante un hombre como yo?

Siguió a los robots.

Y cuando vio la esbelta silueta de la astronave una loca esperanza se apoderó de él.

¡Iba a conseguir escapar de la Tierra!

Se preguntó, no obstante, con prudencia, quién podía estar dirigiendo aquella huida maravillosa. Y se dijo que había de tener sumo cuidado de no dejarse ver, ya que su estado hacía prohibitivo que le incluyesen entre los viajeros.

Escondido en las cercanías de la astronave, esperó pacientemente el momento de acercarse y se introdujo en su interior sin que nadie le viese.

* * *

I-8888 examinaba detalladamente el trabajo que los otros robots iban realizando.

El interior de la astronave gozaba de espacio suficiente para colocar las cunitas, la pila y la «nodriza», cosa que el robot organizó con todo detalle.

Después de acabar con aquel trabajo, I-8888 salió del aparato, dispuesto a ordenar a los robots que volviesen a la base.

No los necesitaba para nada.

Los DACI y los IECS estafen junto a la rampa de la astronave.

—Volved a la base —les dijo.

Los DACI empezaron a andar cuando la voz de uno de los IECS se dejó oír:

—¡Esperad!

Se detuvieron.

Era I–7676 el que había hablado.

—Él es un robot como nosotros —dijo señalando a I-8888—. ¿Por qué hemos de seguir obedeciéndole?

El robot de Curtis se dio cuenta de que no tenía más que una salida, peligrosa, pero única.

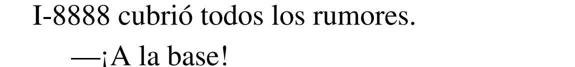
Avanzó hacia su enemigo.

—Tú debes regresar a la base.

—¡No!

La mano derecha de I-8888 golpeó sabiamente a la altura de los ojos electrónicos de su adversario, haciendo saltar las lentes y dejándolo prácticamente ciego.

Por un momento los robots, todos, hicieron un gesto amenazador, ya que aquella situación, completamente nueva para ellos, les irritaba; pero la voz de


I-8888 cubrió todos los rumores.

—¡A la base!

Obedientes, los hombres-máquinas empezaron a desfilar.

Todos, salvo I-7676, que quedó allí inmóvil, inservible, con sus conexiones principales alteradas.

Al contemplarlo, I-8888 no pudo evitar un aumento de tensión. Acababa de darse cuenta de la fragilidad propia, de la triste realidad de máquina.

Le bastaron seis horas de estudio para descifrar aquellos complicados cálculos que hacían posible el vuelo y el mando de la astronave. Una vez conocido el procedimiento, se dirigió a la sala de máquinas.

Fue entonces cuando el oído supersensible de que le había dotado Curtis le hizo oír el rumor de unos pasos sobre la pasarela.

Corrió hacia allá.

Alfred Horriman subía cautelosamente por la rampa, mirando hacia uno y otro lado, como si temiese ser descubierto.

—¡Alto!

La voz del robot le dejó clavado.

I-8888 estaba en la zona sombría de la entrada; pero, al avanzar, se hizo perfectamente visible al hombre, que continuaba inmóvil.

El terror se pintó en el rostro de Alfred.

Era lo que nunca se hubiese atrevido a esperar: ver al robot de Curtis allí, en aquel sitio, en aquel preciso instante, cuando estaba a pocos pasos de la ansiada huida.

Tardó unos momentos en reaccionar.

No dejaba de mirar al robot, llegando a la conclusión de que, después de todo, por muy maravilloso que fuese aquel mecanismo, no dejaba de ser eso: una máquina.

Se dijo que con un poco de voluntad acabaría imponiéndose a él.

Levantó la voz cuanto pudo y gritó:

—¡Llama a los hombres que dirigen esto! ¡Es una orden!

—No hay ningún hombre aquí.

—¿Eh? ¿Quieres decir que eres tú... quien ha hecho todo?

—Sí.

Era imposible.

—¿Quién te lo ha mandado?

—El señor Curtis.

—¿Nick? ¿Dónde está?

—Ha muerto.

—¿Y Marga?

—También.

—¡Mentira!

—No es mentira... Un robot no miente nunca. Míster Curtis me dictó su última voluntad: llevar a estos niños a Marte.

Una luz de esperanza se abrió en el corazón del hombre.

—¿Vas a Marte?

—Sí.

Había una muda súplica en los ojos de Alfred cuando gritó:

—¡Yo quiero ir con vosotros!

—No.

—¿Eh? ¿Quién eres tú para decir eso?

—Usted no puede venir. ¿No se da cuenta de que está mortalmente herido por las radiaciones?

—¿Y eso qué?

—Además, aunque no fuese así... usted no vendría nunca.

—¿Por qué?

—Porque usted es un hombre malo.

Alfred echaba espuma por la boca.

—¡Voy a destrozarte, maldito robot!

Había cogido una barra de acero y se lanzó ciegamente sobre I-8888.

El golpe fue tan fuerte que el hombre-máquina se tambaleó, pero sus poderosas manos se cerraron sobre el cuello del humano, empezando a apretar fuertemente.

—¡No, no!

El robot estaba dispuesto a acabar con aquella criatura, pero el recuerdo de la ley robótica se impuso.

Y lo soltó.

El hombre rodó por la rampa, quedando inmóvil.

Más tarde, cuando la astronave hizo rugir sus poderosos motores y sus toberas lanzaron chorros de fuego y humo, Alfred, que había recobrado el conocimiento, se incorporó a medias, señalando ansiosamente el aparato.

—¡Esperad! ¡Esperad! ¡No me dejéis aquí!

EPÍLOGO

Han pasado veinte años.

Sobre la superficie de Marte unas edificaciones metálicas, construidas con las planchas de la desguazada astronave, se levantan, rodeadas de tierras fértiles, donde la vegetación ofrece una verde mancha de vida.

Hombres y mujeres jóvenes van de un lado para otro, ocupados en múltiples labores, charlando animadamente, con una hermosa sonrisa en los labios.

La humanidad ha renacido.

El cuadro es completamente nuevo y el cielo parece cargado de una pureza azulada y maravillosa.

En contra de los pesimistas cálculos de los sabios del ya lejano siglo XX. Marte posee una atmósfera y, aunque más frío que la Tierra, es casi semejante a ella.

Aquí, desde hace veinte años, se ha empezado el curso histórico de una nueva humanidad. Y no hay más que ver a sus componentes, una cuarentena en total, para predecir que por mucho tiempo no habrá peleas entre ellos, que están íntimamente hermanados.

En este momento una de las parejas se dirige hacia los edificios de aluminio.

Él es alto, esbelto, de cabellos negros; ella, rubia, un poco más baja que él, pero de líneas gráciles y llenas de una femineidad atractiva.

—¿Has visto la cosecha, Lydia?

Ella sonríe.

—Será muchísimo mejor que la pasada. ¡Ya tenemos una reserva de víveres muy importante!

—La vamos a necesitar... Ya hay quince niños y los que van a nacer.

Ella se sonroja.

—También tendremos nosotros uno, Charles.

—Ya lo sé. Lo llamaremos, si es niño, Nick, como mi padre.

—¿Y si es niña?

—Marga. No te molesta, ¿verdad?

—¡Qué va! Sólo tú, de todos nosotros, has tenido la fortuna de saber quiénes eran tus padres.

—Gracias a ese viejo amigo.

—Y, hablando de él, ¿sabes que no lo he visto hace una semana?

—¡Claro! Hemos estado ocupados con los cultivos. Yo tampoco le he visto. Aunque creo que andas un poco distraída.

—¿Por qué?

—Porque debías haberte dado cuenta de que íbamos al taller.

—¿Lo están reparando otra vez?

Él asintió con un gesto.

—Fred y Larson hacen lo que pueden, Lydia.

—¡Es muy viejo!

—No es eso; pero ha trabajado sin descanso. Cuando nosotros vivíamos aún en las incubadoras en las que vinimos de la Tierra, él, pensando ya en los días que vendrían, había sembrado los campos y los había trabajado él solo, arreglándoselas como podía.

—Sí. Luego construyó las casas y se ocupó de educarnos, de enseñarnos todo lo que sabemos. Por otra parte, el material de que está construido, aun siendo fuerte, no ha resistido, como todos quisiésemos, las inclemencias del tiempo en Marte.

—¡Le han arreglado tantas veces!

—Ha sido forzoso, pequeña.

—¿Era así como tu papá llamaba a tu madre?

—Eso me dijo él, el abuelo...

La muchacha sonrió.

—¡El abuelo! ¡Cuánto me gusta ese nombre! Ya sabes lo que costó hacer que nos dejase llamarle así... ¡Parecía orgulloso de su horrible nombre en cifras, I-8888.

—No olvides que, después de todo, es una máquina.

Ella entornó los ojos.

—No lo creo.

—¿Qué dices?

Sin dejar de sonreír, la muchacha le miró tiernamente.

—Ya sé que es una máquina, Charles; pero, a pesar de todo, hay ocasiones en que me parece que es algo más.

—Igual me ha parecido a mí...

—Y a todos nosotros. Él ha sido un padre, una madre... todo para nosotros. ¿Cómo puedes pensar que no lo queramos?

—¿Y quién dice lo contrario?

Habían llegado a una de las construcciones y ya oyeron claramente el ruido de los martillazos y del soplete que silbaba ásperamente.

Penetraron en el interior.

Dos muchachos, cuyos rostros estaban empapados en sudor, trabajaban afanosamente sobre el cuerpo enorme del robot, que estaba tendido sobre una especie de descomunal lecho de madera.

Se acercaron.

—¿Cómo va eso?

Uno de ellos, el llamado Fred, se pasó el dorso de la mano por la sudorosa frente.

—Ya lo ves, Charles... Un remiendo más, que no durará mucho... El abuelo se nos desmorona por todas partes.

Guardaron silencio, contemplando el trabajo de los otros dos, hasta que, terminado, ayudaron al robot a ponerse en pie.

No parecía el mismo.

Todo su cuerpo estaba parcialmente oxidado y la cantidad de burdas piezas que llevaba puestas le hacía cobrar el aspecto de un ridículo Arlequín de acero.

—¡Hola, Charles! —saludó—. ¡Hola, Lydia!

Se acercaron a él.

—¿Cómo te sientes, abuelo?

—Bien. Estos muchachos me están disfrazando; pero es necesario... ¡Si tu padre me viese!

—Estaría orgulloso de ti.

—No exageremos, no exageremos —hasta su voz era cascada, como la de un viejo—. ¿Qué se puede agradecer a una máquina? Después de todo, no he hecho otra cosa que cumplir con mi deber... mi deber de máquina.

—¡Chocheas, abuelo! —le lanzó Charles.

—Es posible. Oye, pequeño... ¿sabes que quiero hablar contigo?

—¿A solas?

—Bien. ¿Dónde quieres que vayamos?

—Al otro edificio.

Se dirigieron, robot y muchacho, uno al lado del otro.

Y una vez en el interior de la sala de aluminio, preguntó:

—¿Qué querías, abuelo?

—Verás. Tú eres el jefe de esta pequeña comunidad y...

—¡El jefe eres tú, abuelo!

—Bueno, bueno... no empecemos. Lo que quiero decir es que cuando yo falte...

—¡Te falta mucho!

—De acuerdo. Pero déjame hablar: deseo que tú tengas mucho cuidado con los que vayan naciendo. Ya sabes que hemos eliminado, de todo lo que venía en la astronave, lo que podría hacer recordar a los nuevos lo sucedido en la Tierra. Sólo tú, porque lo he creído conveniente, sabes ciertas cosas.

—Sí.

—He querido que las supieses, porque es mejor conocer que ignorar. Así, al dirigir a la nueva humanidad, conocerás la aparición de síntomas peligrosos, pudiendo cortarlos de raíz.

—Entiendo.

—No es difícil orientar a los hombres hacia el bien. Después de todo, aunque sea una barbaridad decirlo, vosotros sois un poco como nosotros: aprovecháis lo que se os enseña y, si es bueno, sois buenos, y si es malo os tornáis perversos.

—Tiene razón.

—Si procuras orientar por el buen camino a los hombres y mujeres que te he confiado, todo irá bien y podréis llegar a ser felices; pero, si olvidas tus deberes, serás responsable de cuanto ocurra.

—No los olvidaré.

—Eso espero.

—¡Lo prometo!

—Mejor es así.

Hubo una pausa.

—Hemos establecido el matrimonio monogámico —siguió diciendo el robot— porque es el que mejor se adapta a la naturaleza de seres inteligentes como vosotros. Y hemos hecho un código de leyes sencillas y elementales, con el maravilloso resultado de que nadie se ha salido de ellas.

—Son justas.

—Porque se vive dentro de lo justo. Los hombres creyeron hacer siempre leyes justas, pero no lo eran en el mundo injusto que ellos forjaron.

—Aquí lo serán.

—Así lo deseo.

El robot miraba, con sus fatigados ojos electrónicos, al muchacho. En realidad no lo veía con la nitidez que en otros tiempos, ni mucho menos.

—Evitarás, por todos los medios, que la envidia nazca en vuestros corazones. La envidia es la semilla de todos los males y basta su aparición para que todo se desmorone.

—Tendré cuidado.

—Cuida de esos muchachos, Charles: ellos son la esperanza de una nueva humanidad que puede hacer olvidar al Altísimo la horrible afrenta que tus padres y sus coetáneos le hicieron en la Tierra.

—¿Cómo sabes esas cosas, abuelo?

—Las he leído en los libros. Yo no soy más que una máquina que repite, un viejo gramófono que os hace oír discos rayados...

—¡Eres maravilloso!

—No digas eso, pequeño. Soy una máquina, quizá con la única ventaja de que fui hecho por un hombre bueno que intentaba destinarme a una labor buena.

Las lágrimas aparecieron en los ojos del joven.

* * *

Le encontraron, una tarde, en el fondo del hangar, inmóvil, frío, como si se tratase de un ser que había estado vivo hasta entonces.

Alocados, desesperados, le llevaron hasta la pila atómica, buscando en la energía la vida inorgánica que había huido del cuerpo del robot.

Y entonces se dieron cuenta de la verdad.

I-8888 había cambiado el «ritmo energético» de la pila, inutilizándola para sí mismo y derivando la energía que de ella brotaba para la utilización en otros fines.

Ellos, sin percatarse, habían utilizado aquella fuerza para hacer pequeñas máquinas, para procurar calor a los cultivos en invernadero, para muchas cosas más.

Y el robot, consciente de que robaba, cada vez que se cargaba, una fuerza necesaria a los jóvenes, había alterado la máquina, haciendo imposible el volver a captar de ella la energía que le proporcionaba «vida».

—¡Es tremendo!

El silencio era denso, como una cosa sólida y fría a la vez.

—¿Por qué habrá hecho eso?

—Porque deseaba demostrarnos lo que nos apreciaba.

—¡Pobre abuelo!

Charles intervino:

—Sí, pobre abuelo. Él mismo me previno de esta «muerte». Y ahora me doy cuenta de que lo tenía preparado.

—¡Si lo hubiésemos sabido!

—Ha sido mejor así. El abuelo no podía acabar de otro modo, sino dándonos otra lección hermosa, como tantas nos ha dado. Ahora ha querido demostrarnos lo que significa el sacrificio...

—¡Parece increíble que fuese simplemente una máquina!

—Tienes razón al recordárnoslo, Lydia. Era una máquina, un robot sin nada que pudiese recordar el alma que Dios nos ha dado a nosotros; pero...

Se calló, mirando a todos.

—Él mismo, hace pocos días, me dijo que era una máquina, pero creada,

hecha, construida por un hombre bueno que puso en ella todo lo que deseaba para los humanos...

Y después de una emocionante pausa dijo:

—Amor, convivencia, hermandad... eso fue lo que mi padre puso en la red robótica del I-8888...



Los terrestres, despavoridos, temblaron de horror al conocer la existencia de

El gran peligro

Su vida estaba seriamente amenazada por aquellos seres sin alma que se cernían sobre ellos.

El gran peligro

Por una ironía del destino, la Tierra iba a ser destruida por su principal fuente productora de energía luz y calor... ¡el Sol!

El gran peligro

Un magnífico relato del acreditado autor ROY SILVERTON, que usted leerá ansioso por llegar a su sorpréndeme desenlace.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

1. — «Zero». — *Johnny Garland*
2. — Huida al pasado. — *Law Space*
3. — Vikingo del Cosmos. — *Clark Carrados*
4. — ¡Cuidado, terrestres!. — *Tom Argo*
5. — Sólo un planeta. — *Clark Carrados*
6. — Venganza Cósmica — *Law Space*
7. — «Homo mechanicus». — *Clark Carrados*
8. — «Los visitantes». — *Johnny Garland*
9. — Raza de señores. — *Clark Carrados*
10. — Robinson estelar. — *H. S. Thels*
11. — La fortaleza negra. — *Clark Carrados*
12. — Las ratas. — *H. S. Thels*
13. — Metamorfosis. — *Law Space*
14. — La agonía de los mundos. — *Johnny Garland*
15. — El planeta maldito. — *Law Space*
16. — «Los satánicos». — *Tom Argo*
17. — Pantropia. — *H. S. Thels*
18. — ¡Manda Titán!. — *Law Space*
19. — La sed del átomo. — *Clark Carrados*
20. — La doble batalla. — *Clark Carrados*
21. — Guerra a los termófagos. — *H. S. Thels*
22. — Jinete en el cielo. — *Clark Carrados*
23. — Dimensión imposible. — *Law Space*
24. — Conquistarás la Tierra. — *Clark Carrados*
25. — Dos cerebros iguales. — *Walt G. Dovan*
26. — Trampa en los asteroides. — *H. S. Thels*
27. — Starman (El hombre de las estrellas). — *Clark Carrados*
28. — Regreso al futuro. — *Law Space*
29. — El planeta de los hombres de oro. — *Clark Carrados*
30. — Locura espacial. — *H. S. Thels*
31. — Mundo de paz. — *Clark Carrados*
32. — El fin del Mundo. — *Law Space*



Escena de EL PUENTE SOBRE EL RIO KWAI, de Columbia Films.

Precio en España: 6.— ptas. En Argentina: 5,50 pesos